



Universidad de Oviedo  
*Universidá d'Uviéu*  
*University of Oviedo*

**Facultad de Filosofía y Letras**

De suicidaria a suicidalista  
Para una filosofía experiencial del suicidio

**Trabajo Fin de Grado**  
**Grado en Filosofía**  
**Cuarto Curso**

Autor/a: Paz Lezcano Betegón  
Tutor/a: José Antonio Méndez Sanz

Junio de 2023

Porque quien ha estado tan cerca de irse al diablo, quien ha sufrido todos los infiernos, el rojo, el negro y el blanco, es un sabio; ha visto, ciertamente, lo que hay entre bastidores, y tiene razón, maldita sea, cuando lanza al mundo la hipótesis de que no nos esperan ni el Paraíso ni el Purgatorio, y tampoco el Nirvana, sino únicamente el eterno no ser.

-Hermann Burger, *Tractatus logico-suicidalis*

Ya que solo vivo para morir, ya que construyo la casa únicamente para que se derrumbe el día de la cubierta de aguas, es mejor que ante la muerte huya de la muerte, o bien, si pienso con miras más largas y con mayor exactitud: que huya del absurdo de la existencia al absurdo de la nada.

-Jean Améry, *Levantarse la mano sobre uno mismo*

## ÍNDICE

---

Introducción	4
Acto I: La Santa Trinidad del suicidio	8
Acto II: El amor y la ternura	16
Acto III: El enigma y la lógica de la muerte	23
Acto IV: Las cartas y la cuestión moral	26
Acto V: La obra	33
Acto VI: <i>L'échec</i>	37
Conclusión	46
Bibliografía	48

## INTRODUCCIÓN

---

No es fácil hablar del suicidio. Hay muchos motivos para el silencio: el tabú, el estigma, el que se te trate como a una loca, como a una paria. Quien convive con el suicidio es el Otro más perverso que la sociedad puede concebir. Y no le falta razón. Rechazar la vida en favor de un cero que nadie sabe bien lo que conlleva es, desde luego, una perversión. El suicidio lleva mucho tiempo condenado. Por la religión, sí, pero también por la razón misma. Se necesita hacer apología de la vida. Cuando Kirilov dice que el hombre inventa a Dios para no matarse, no se refiere solamente al Dios cristiano, sino a cualquier objeto trascendental sobre el que depositemos todo nuestro destino. A veces este objeto es la religión; a veces es la Razón o la Verdad; a veces es el capitalismo; a veces es simplemente otra persona. La cuestión es encontrar algo que de sentido a nuestras vidas. Más aún, algo que le dé sentido a nuestro sufrimiento. Nadie quiere aceptar que sufrimos para nada, que todo nuestro esfuerzo acaba en un eterno “no”, en el cual se encuentran también aquellas que no se han esforzado tanto como nosotras. Es la condición igualadora de la muerte, nos da vértigo. Hay incluso teóricos que han dado piruetas verbales para buscar ese sentido, diciendo que el precisamente el no-sentido lo que hace que la existencia valga la pena (Camus, 1942/1981: 73). Pero ¿es así?

Aquí trataré de hacer del suicidio un acto comprensible. Aun así, soy consciente de que es probable que no se pueda hacer. El suicidio tiene un mundo propio, un mundo hermético como lo llama Al Alvarez (Alvarez, 1971: 95), que solo puede comprenderse desde dentro. Intentar explicarlo en la lógica de la vida no es más que una mala traducción. No son lenguajes que coincidan, no son sentimientos que puedan desmenuzarse en proposiciones. Cada suicidio es profundamente personal e intrínsecamente distinto. Es por ello por lo que, por muchos tratados de suicidología que se lean, no puede saberse lo que de verdad es el suicidio a no ser que uno se encuentre con él cara a cara. No hablaré aquí tampoco de los supervivientes de suicidio, es un tema que merece otro trabajo a parte. Aquí hablaré del suicidio como parte de la vida. Siguiendo la terminología de Burger:

Distinguimos entre el “suicidario” (*Suizidār*), el que plantea su suicidio y es portador de ese pensamiento; el “suicidente” (*Suizident*), el que intenta el suicidio pero fracasa; el “suicidante” (*Suizidant*), el que realiza su suicidio con éxito, y el “suicidalista” (*Suizidalist*) o “suicidante mortológico”, que fundamenta su acto de manera científica (Burger, 1988/2017: 41).

Lo que intentaré hacer a lo largo de este trabajo es realizar el paso de ser suicidiaria a ser suicidalista. Quiero fundamentar el acto de forma filosófica-científica. Pero se ha de dejar una cosa clara: no se debe esperar encontrar teorías famosas, datos estadísticos y argumentos lógicos. Porque todo lo que sigue se basa en una lógica que solo conocen los que habitan ese mundo hermético: la lógica bermudiana de los que tienen un pie en la vida y otro pie en la muerte.

En tratados de suicidología, una puede hallarse con una gran variedad de términos. Hay quien prefiere hablar de suicidio, hay quien prefiere hablar de muerte voluntaria (Améry, 1976/1999: 13), hay quien prefiere hablar de autotanasia (Flórez, 1996). Cada una de estas terminologías esconde el pensamiento del autor acerca del acto. Yo me decantaré por el término suicidio, vocablo que en su etimología viene del latín moderno *suicidium*; de *sui* de sí mismo, y el sufijo *cidio* del latín *cidium*, la raíz de *caedĕre*, que significa matar. Como se explicará más abajo, el suicidio cuenta con tres elementos: morir, matar y ser matado (Burger, 1988/2017: 55). El término “muerte voluntaria” haría referencia al primer elemento: morir uno mismo; “autotanasia” haría referencia al tercero: ser matado por uno mismo; y “suicidio” al segundo: matarse uno mismo. Estos tres elementos son indispensables, no creo que se pueda cometer el acto sin alguno de ellos. Pero es en el momento en que actúa el deseo de matar, de matarse uno mismo, cuando la posibilidad de suicidio se hace más real que nunca. Por ello, se utilizará el término suicidio y no otro.

Además de la elección de este término, a lo largo de este trabajo se utilizará otro cuya elección ha de explicarse: *horror vacui*. Este término tiene muchos significados, utilizados tanto en historia del arte como en ciencia<sup>1</sup>, pero suele traducirse como “miedo al vacío” o incluso “vértigo”. En estas páginas se utilizará como sinónimo de la muerte. Creo que el suicidio es una caída al vacío, un paso desde la tierra firme de la vida a la nada, al vacío de la muerte. Incluso los suicidarios tienen vértigo y miedo, ya que no porque el salto sea voluntario desaparece este temor. Por ello, al hablar del paso de la vida a la muerte, se utilizará este término.

---

<sup>1</sup> En crítica de la pintura se utiliza para describir el relleno de todo espacio vacío en una obra de arte con algún tipo de diseño o imagen. En ciencia se utiliza el término a partir de la opinión “la naturaleza aborrece el vacío”, sostenida por los aristotélicos y que fue una de las discusiones clave de la revolución científica de siglo XVII.

En el mundo hermético del suicidio, la muerte es el *Deus ex machina*: es el elemento que puede solucionar la trama en un solo momento. Quien habita ese mundo incorpora la muerte, tanto en su cotidianidad como en su cuerpo. Creo que los suicidarios viven la muerte en sus carnes y en su día a día: es la posibilidad que siempre acompaña a todas las decisiones, es un estilo de vida. El suicidio es la forma más visceral de sentir la muerte. Aquí trataré de vindicar el lugar filosófico del cuerpo y de abandonar el dualismo ontológico cartesiano. Creo que la personidad se encuentra tanto de la mente como en el cuerpo, creo que no hay una distinción categorial entre ambos. Es por ello por lo que hablaré desde la experiencia carnal.

El punto de vista de este trabajo será profundamente personal, quizá a veces en demasía. Pero creo firmemente que cada suicidio es diferente y que cada suicidario tiene su propia forma de fundamentar su acto. No intentaré hacer afirmaciones que puedan generalizarse: aquí se tratará una experiencia única, la de una suicidaria concreta. Habitar el mundo hermético del suicidio es una experiencia personal, y creo que se necesita dar voz a este punto de vista, creo que es un territorio filosófico que no se ha explorado en demasía. Es por ello por lo que no hay una pretensión de fundar teorías, sino que trataré de describir ese mundo con un lenguaje, el de la lógica de la vida, que no puede hacer más que dar una mala traducción. Todas estas páginas no son más que una frustrante aproximación a la lógica vacía de la muerte (Ferrante, 2021: 21).

A lo largo de este trabajo entraré en diálogo con varios autores que han escrito acerca del suicidio, tales como Jean Améry, Albert Camus, Hermann Burger, Al Alvarez o Sylvia Plath. Por supuesto hay muchos más, pero me centraré en estos con la ayuda de otros tantos cuyas lecturas me han facilitado la tarea de entrar en esta discusión, tales como Unamuno, Dante, Goethe, Platón y un largo etcétera. No puedo ignorar el territorio casi exclusivamente masculino en el que me muevo: soy consciente de que muchas autoras han escrito sobre el tema y que no están incluidas en estas páginas. La explicación es sencilla: no siempre hay tiempo para leer todo lo que a una le gustaría. Aun a falta de este punto de vista más femenino en la bibliografía, incluyo en este trabajo mi experiencia como mujer y la dificultad de hermanar pena y pluma que conlleva (Stampa, 1554/1976).

Este trabajo se desarrollará en seis actos. En el primero hablaré de la Santa Trinidad del suicidio ya mencionada: morir, matar y ser matado. En el segundo acto se tratará el tema del amor y la ternura en relación al suicidio. En el tercero se hablará de la lógica, tanto de la vida como de la muerte, y del universo dinámico que habitamos. En el cuarto

hablaré de las cartas de despedida y de la cuestión moral. En el quinto se defenderá el suicidio como obra de arte, como el *opus* final del actor. Por último, en el sexto acto hablaré de la muerte como el *échec* (fracaso, error, suspenso, jaque) siguiendo la terminología de Améry (Améry, 1976/1999: 50).

Cada uno de estos actos trata una dimensión distinta del suicidio. Sin embargo, no puedo asegurar que a lo largo de ellos el texto se comprenda mejor, o que se llegue a conclusiones certeras. De nuevo, el paso de suicidaria a suicidalista es íntimo y personal. Con estas reflexiones solo trato de abrir ese mundo hermético que habito, a veces sin éxito. Siempre he pensado en la filosofía como el intento de responder preguntas que no siempre tienen respuesta. Por ello creo que las suicidarias merecemos un territorio en la filosofía para poder expresar aquel deseo de muerte que está condenado a tratarse en voz baja. Ya lo dijo Annie Ernaux: “El hecho de haber vivido algo, sea lo que sea, otorga el derecho imprescindible de escribir sobre ello” (Ernaux, 2000/2019: 54). Así pues, comencemos.

## ACTO I: LA SANTA TRINIDAD DEL SUICIDIO

---

¿Qué me hace suicidaria? La propia definición lo dice: planteo mi suicidio y soy portadora de ese pensamiento. Pero tiene que haber una razón para esto.

El psicoanálisis se ha preguntado a menudo por el suicidio. Freud acabó estableciendo que, al igual que hay una pulsión de vida, también hay una pulsión de muerte. Améry decidió llamarla inclinación (Améry, 1976/1999: 82). Visualmente, es más comprensible. El suicidante se inclina más hacia el *horror vacui*. Pero ¿por qué? Creo que, como suicidaria, la gravedad me afecta más. Me siento más unida al suelo, pero sobre todo siento que éste tira más de mí. ¿Qué hay en mí que acuse tanto la atracción? Siempre he sentido mi cuerpo más pesado de lo normal. Quizás en él se acumula demasiada vida. Muchas veces he intentado expulsarla, pero es muy complicado. Me pasa también con las palabras, que al final son otra forma de vida. Palabras, oxígeno, sangre. Quizá me compongo solo de eso.

Si algo caracteriza al suicidio es el silencio. Es un tema del que no puede hablarse, y si se hace debe ser en voz baja. De la misma forma, no encuentro palabras que saquen de mí la inclinación a la muerte. Se agolpan en la garganta y se acaban enredando, creando nudos. No quiere decir que no hable, a veces incluso lo hago en demasía. Pero no hablo las palabras importantes, las amplias, las que están vivas. Sacar palabras muertas no alivia la pesadez, al igual que excretar no hace que adelgaces. De la misma forma, la sangre se agolpa en los puntos vitales: las muñecas, la garganta y las ingles. Creo que podría explicar mi existencia entera solo con estos tres puntos. Al final, son los que están hinchados. No es casualidad que en los tres puedas tomar el pulso. Cuando tomas el mío, no es más rápido ni más lento de lo normal, pero sí más fuerte. Es la vida presionando contra la piel para poder salir.

Al igual que hay tanto palabras muertas como palabras vivas, también hay sangre muerta y sangre viva. La sangre viva la noto sobre todo en las muñecas: es la que mueve mis manos y mis dedos. La sangre muerta, por otra parte, está en el útero. He leído mucho sobre el suicidio y el marco es siempre masculino. No he encontrado aún feminidad en esta inclinación, a excepción de Sylvia Plath. Quizá es por eso por lo que sus palabras son las que siento más cercanas a las mías. Puede que nadie me haya hablado de la sangre muerta porque ningún teórico tenía útero. La mujer ha estado, de alguna forma, relegada a eso: a callar lo que no sean frivolidades, a sangrar cuando no dedicamos nuestro Yo a

la creación de otro. Somos expertas en materia muerta porque también somos expertas en crear vida. Yo nunca he creado vida, pero en verdad ya tengo demasiada. No necesito crear otro Yo cuando ya mis venas están plagadas de un sobre-Yo que no para de suplicarme que le deje salir. He intentado acallararlo: soy una excelente suicidante a plazos. Quizá matando poco a poco mis pulmones a base de humo y mi hígado a base de químicos puedo ir eliminándolo (Burger, 1988/2017: 56). Pero de momento no ha surtido efecto.

Se ha dicho que en la cabeza está la esencia de la vida (Améry, 1976/1999: 72). Es la parte más frágil, la que se estampa contra el suelo, la que la bala atraviesa, la última que se hunde en el agua. Si bien puede tener sentido ubicar ahí la esencia de lo que somos, no es donde yo la noto. En la cabeza se encuentran cuatro de los cinco sentidos aristotélicos: la vista, el oído, el olfato, el gusto. Es por donde entra el aire y la música, por donde sale el habla y las lágrimas. Y sin embargo no es eso lo que yo siento que me define. Yo, que me pienso como el Otro, como el abyecto, me hago consciente de mí misma por la limitación. Y mi limitación es la piel. Es el tacto el que siente el choque con la alteridad, la que se estremece y la que encierra el pulso. Mi piel es la cárcel de la que el sobre-Yo no puede salir. Y es que yo soy el más maligno de todos mis tumores (Burger, 1988/2017: 103).

Quizá por eso me siento más atraída a la cuchilla que a los otros métodos. ¡Quién pudiera ser suicidente mil veces y probarlos todos, para encontrar el más cómodo! El suicidio exige conocimientos artesanales y forenses. Se ha de saber tanto qué sogas soporta más peso como cómo colocarla al cuello (Burger, 1988/2017: 104). Se necesitaría un cursillo de artesanía para poder decidir acordemente, al igual que el bachiller sirve para saber qué carrera estudiar. La forma de morir no puede desentonar con la forma de vivir, en ambas hay un estilo presente que se debería respetar: demasiado triste sería matarse de un pistoletazo y que en el funeral se comente “no le pegaba nada”. ¡No sería nada chic! (Burger, 1988/2017: 124). Creo que la que me va a mí es aquella que deje salir de una vez a mi sobre-Yo. Y si es a través de la piel, mejor. Siento además una morbosa curiosidad por el sentimiento de vaciarme, lo cual encaja a la perfección con la gran gravedad del *horror vacui* sobre mí. Además, creo que necesito vaciarme primero si luego se han de reutilizar mis órganos. Espero aun así que no pase: no creo que mis órganos deban reutilizarse, creo que deberían terminar en la basura. Lo mismo con mi sangre: espero que la dejen ir por el desagüe. Mi sobre-Yo ha de terminar en el lugar de encuentro de las tuberías de los inodoros, al igual que ha pasado con mi materia muerta.

Hay algo más que me atrae de la cuchilla: el momento del salto se dilata (al igual que los vasos sanguíneos). Esa dilatación también aumenta mis zozobras, sin embargo. Ya dos veces he inclinado la cabeza hacia el vacío y me he dejado caer, pero en ambas me he quedado enganchada y he tenido que volver a subir. Un esfuerzo demasiado grande, si se me pregunta. Quizá si se dilata el salto hay más ramas de las que engancharse, y querría que a la tercera fuera la vencida. De todas formas, las dos primeras veces ganó el impulso a la cabeza, y se necesita una mente fría para que el artefacto funcione correctamente y la pirueta se ejecute sin fallos. No queremos fallar el tiro, no dar en el blanco. Es como saltar desde un decimosexto piso hacia un punto concreto del asfalto para acabar cayendo justo al lado. O apretar el gatillo y darse cuenta de que esa no era la bala que habíamos seleccionado. Quiero la muerte, pero no esa. Houdini buscó infinitas veces la muerte y al final fue su apéndice: la muerte, pero no esa (Burger, 1988/2017: 192). De la misma forma, lo peor que podría pasarme en calidad de suicidaria sería que la muerte me sobreviniera a mí, y no yo a ella. No imagino final más indigno que una muerte pasiva. Debo decidir mi muerte porque la muerte ha decidido mi vida.

En cierto sentido, he de mantenerme con vida para poder matarme. Una extraña concepción del cuidado<sup>2</sup>, la ternura mortológica de quien acaricia el cañón<sup>3</sup>, la última cena antes de ingerir los barbitúricos<sup>4</sup>. Ser suicidaria no elimina el dolor de la separación. Me atrevería a decir que es incluso mayor, porque soy yo quien elige no volver. Soy yo quien sobrepone la muerte a lo demás. Abandono mi cuerpo, abandono al Otro, abandono el mundo. Todo por el *horror vacui*. Pero antes de saltar se mira por encima del hombro y se dice una última palabra. El propio salto es el último mensaje que da el suicidante. La verdadera carta de despedida, si bien más difícil de leer que las otras. Antes decía que la piel es la esencia de lo que soy, que es el choque con la alteridad lo que me limita. Todo esto no es posible si no existe el Otro. Sin el Otro no soy nada, su existencia es condición de la mía. El Otro es quien me salva y quien me empuja, quien llora y quien me aplaude cuando cae el telón. ¿Por qué la muerte, entonces? Porque la muerte me acepta como el Otro nunca pudo hacerlo, la muerte conoce el mundo hermético en el que el Otro nunca

---

<sup>2</sup> Se entiende aquí la palabra “cuidado” con las acepciones del verbo inglés *care*, que significa tanto “cuidar” como “preocuparse por”.

<sup>3</sup> En una de las actuaciones del mago Harry Houdini en Inglaterra, cuatro oficiales de la Marina le ataron en la boca de un obús de ocho quintales, con el detonador preparado para activarse a los veinte minutos. Houdini consiguió librarse de las ataduras y, tres minutos antes de la detonación, acarició el cañón. Así acaricia el suicidante su muerte (Burger, 1988/2017: 166).

<sup>4</sup> “Uno cena aún, antes de tomarse las pastillas” (Améry, 1976/1999: 82).

pudo entrar. Adiós, adiós. Con el salto un último poema de amor: adiós mundo, adiós Otro; adiós él, adiós tú; y, finalmente, adiós yo. *Horror vacui*. Telón. Bueno, sigamos<sup>5</sup>.

Una teoría psicoanalítica dice que hay tres componentes en la conciencia del suicidante: el deseo de asesinar, el deseo de ser asesinado y del deseo de morir (Menninger, en Alvarez, 1971: 128). La Santa Trinidad del suicidio: matar, ser matado, morir (Burger, 1988/2017: 55). Matarse uno mismo, matarse a uno mismo, morirse uno mismo. Los tres actúan a la vez en el momento previo al salto. Pero el resto del tiempo van desincronizados. Creo que el suicidio no es algo que sobrevenga al individuo así como así, al menos no en mi caso. Para mí, el suicidio es un estilo de vida. Todo empieza con una idea: estaría mejor muerta. No es una idea descabellada. Estoy segura de que la mayoría de la población del mundo occidental se ha encontrado alguna vez con ella, aunque sea solo de pasada. No te funciona la tarjeta de crédito porque no te queda dinero: estaría mejor muerta. Tu pareja te abandona: estaría mejor muerta. No queda la marca de cereales que te gusta: estaría mejor muerta. Lo curioso de este pensamiento es que se retroalimenta. Sí, aparece por primera vez en situaciones muy desgraciadas. Pero si no estás atenta y lo ahuyentas con rapidez, esa frase acaba por colarse en tu mente con mayor frecuencia. Y una vez lo aceptas como una simple coletilla del hilo de tu pensamiento, no hay quien se libre de ella. Cada vez aparece más a menudo, es un recurso muy cómodo cuando la emoción te sobreviene y quieres dejar de pensar y de sentir. Estaría mejor muerta. El pensamiento se para. El corazón se ralentiza. Cada sílaba da un instante de paz. Y una vez encuentras ese maravilloso recurso para escapar de la realidad, te vuelves adicto. Cada vez acudes a ella más a menudo, cada vez el sentimiento que quieres parar es menos intenso. Hasta que de repente un día la frase aparece sin un desencadenante. Estaría mejor muerta. Simple, conciso. Estaría mejor muerta. Es entonces cuando te das cuenta de que ya no es una simple coletilla: es lo que piensas de verdad. Estaría mejor muerta. Ahora ya no hay vuelta atrás.

En mi caso, su aparición vino como síntoma de la peor enfermedad de vida<sup>6</sup>: la depresión endógena. Básicamente el cuerpo se apaga, no hay fuerzas para siquiera

---

<sup>5</sup> Se utiliza aquí la última línea de la obra de Sartre, *A puerta cerrada* (1944/2017), simbolizando la eternidad de la muerte en la que están sumidos los personajes de la obra y, a su vez, las suicidarias.

<sup>6</sup> Entendemos “enfermedad de vida” como lo opuesto a “enfermedad de muerte” o “enfermedad mortal”. Mientras la segunda te lleva a la muerte, la primera te mantendrá en vida aun pareciendo que vas muriendo poco a poco.

masticar o hablar, hinchar los pulmones cada día cuesta un poco más. Toda la energía que antes estaba dedicada al cuerpo se va a la mente: las conexiones sinápticas son como chispas en una hoguera, van a mil por hora y no cesan. El cerebro sobre-excitado y el cuerpo infra-excitado: una mala combinación. Las preocupaciones que solías tener crecen exponencialmente: el futuro es más trágico, el presente se hace inasible y el pasado coge varios kilos de más. El mundo del pensamiento es mucho más grande y va mucho más rápido, suceden cientos de miles de cosas a la vez, no sabes dónde fijar tu atención. Pero de repente abres los ojos y ves una habitación cerrada y oscura, una quietud solo perturbada por el subir y bajar de tu pecho. Del todo a la nada en exactamente un abrir y cerrar de ojos. No puedes conciliar ambos mundos, no puedes contestar a tu mente con acciones, no puedes tomarte el descanso que pide tu cuerpo. Ese quiebro de la relación entre dos mundos que normalmente están en sintonía, esa dilución de la tensión entre mente y cuerpo que cae en saco roto crea una angustia existencial que nada puede calmar. Nada excepto la muerte. En efecto, si tan solo pudieras morirte todo se solucionaría. Lo piensas a menudo, lo piensas tanto que se convierte en un verdadero deseo. Primer elemento: el deseo de morir.

No creo que existan palabras para describir la depresión. El nombre está bien escogido: es un valle, una bajada. Un sufrimiento cóncavo. Como el agua en el desagüe, una se siente en una espiral que tira de ella hacia abajo cada vez con más fuerza sin acabar de hundirse: el eterno mareo de una tormenta en el mar. Sensación de ahogamiento, una fina capa de sudor frío: ahí toda la humedad que le falta a la boca. No se pueden articular siquiera los gritos de agonía. A la depresión se suele atribuir la oscuridad. Todo lo contrario: al igual que los condenados de Sartre, el depresivo no tiene párpados y la luz nunca se apaga. Una se tumba sobre el diván, ve sin descanso la luz cegadora de la bombilla y espera pacientemente un sufrimiento que no va a llegar:

¡Abran! ¡Abran! Lo soportaré todo: los cepos, las tenazas, el plomo derretido, las pinzas, el garrote, todo lo que quema, todo lo que desgarrar; quiero sufrir normalmente. Antes cien mordeduras, antes el látigo, el vitriolo..., todo antes que este sufrimiento interior, este..., este fantasma de sufrimiento que roza, que acaricia y que nunca hace demasiado daño. (Sartre, 1944/2017).

¡Quién pudiera sufrir normalmente! ¡Quién pudiera sentir de nuevo! Porque de eso se trata, de volver a sentir. Siempre había pensado que la depresión era un profundo sentimiento de tristeza. ¡Quién pudiera! Si tan solo fuera eso.... Pero no, no es tristeza.

Simplemente no es. Parece que se está dentro de un tanque de aislamiento sensorial: solo notas agua y el propio cuerpo. Un alimento en conserva esperando a ser devorado. La depresión es la sala de espera de la muerte: el Purgatorio antes de la nada. No hay revistas que leer, no hay hilo musical. Hay luz, eso sí. Y el aire acondicionado parece estar demasiado alto. ¿No sería mejor saltarse la cola?

En la depresión existe el deseo de morir, pero falta el deseo de matar, porque el cuerpo no tiene fuerza para sujetar el arma. También falta el deseo de ser matado: el depresivo quisiera desvanecerse, diluirse en el agua que lo rodea y por fin irse por el desagüe. Falta que alguien tire de la cadena. El depresivo siente el tirón de la gravedad con mucha fuerza. Quizá sea porque la vida se acumula mucho más, esa vida que no estás viviendo porque no puedes moverte. El depresivo quisiera seguir esa fuerza, esa inclinación, dejarse caer por el embudo hacia la sala de los cadáveres donde solo se oye un eterno “el número marcado no existe”. El número marcado no existe. El número marcado ya no existe (Améry, 1976/1999: 110).

Una vez que estás tan metida en el embudo y éste comienza a descuartizarte, ocurre que se da un pequeño momento de alivio, un momento donde no sientes el cuerpo encogido y la mente desgarrándote la piel. Puedes incorporarte, no sin cierto esfuerzo, y los músculos vuelven a funcionar, aunque estén entumecidos. La gravedad tira un poco menos y puedes, por fin, salir de la sala de espera por la misma puerta por la que entraste. No, no me refiero a una cura. Simplemente un momento de alivio. Como buena curva cóncava, en algún momento tienes que subir en vez de bajar, aunque la tendencia siga siendo decreciente. Contrario a lo que se pueda pensar, es ese momento el más peligroso. Porque cuando vuelves al mundo, cuando abandonas la sala de espera, cuando los sentidos vuelven a funcionar y te encuentras con el Otro, te das cuenta de que no es tan bonito como lo recordabas. Solo es una sala de espera contigua, más amplia, con más ruido, más luz y en la que hace aún más frío. No estás sola, pero la compañía no elimina la soledad. Ahora, con la mente clara, puedes comparar. Y no hay tanta diferencia de una estancia a otra. Es entonces cuando aparece el segundo elemento: el deseo de ser matado.

Como las fuerzas no se han repuesto del todo, tu cuerpo sigue con un *rigor vitae*<sup>7</sup> que dificulta levantar la mano, y fantaseas con la idea de que el Otro la levante sobre ti.

---

<sup>7</sup> Se usa aquí este término como contrapuesto al *rigor mortis*, que es la rigidez de los músculos de los cadáveres.

De pie, giras la cabeza buscando a tu francotirador. Pero no lo encuentras. Es entonces cuando comienza una leve autoagresión, cuando tratas de cometer un suicidio a plazos, esperando que la muerte se vaya acercando poco a poco. Los cigarrillos, el alcohol, las drogas, en fin, cualquier cosa que vaya matando tu organismo se convierte en tu mejor compañero. No hace falta mirar antes de cruzar la calle, no hace falta comer, no hace falta cuidarse. La ternura se esfuma y solo hay desprecio por el propio cuerpo. Te infliges dolor de la forma que puedes, dejas que las arpías te vayan comiendo poco a poco causando dolor, y al dolor salida (Dante, 1321/1988: 161). Las venas siguen palpitando, querrias abrirlas para que tu interior se tome un respiro, pero tus dientes no son tan afilados como creías y la sangre no corre. Solo palpita:

¡Ay! Cien veces he tomado un cuchillo para darle aire a este oprimido corazón. Se habla de una raza noble de caballeros que, cuando se sienten muy acalorados y extenuados, por instinto se muerden una vena para ayudarse a respirar. Así me siento yo con frecuencia y quisiera abrimme una vena para procurarme la eterna libertad (Goethe, 1774/1983: 90).

La inclinación es entonces pulsión, pulsión en las muñecas, en las ingles, en la garganta. ¡Que alguien me abra la piel y deje salir a ese demonio que me oprime! La desesperación de esperar a la muerte. El hilo musical de esta sala de espera: “La persona a la que llama no se encuentra disponible”.

La desesperación va aumentando, el *rigor vitae* se va ablandando. La sangre empieza a hervir: llega la ira. El interior de la piel ya no palpita, sino que grita. Quieres desgarrarte, vaciarte, arrancarte. En una palabra: matarte. Por fin, el tercer elemento: el deseo de matar. Pero ¿cómo?

Antes había hablado de la cuchilla. Vuelvo a decir, echo en falta un cursillo. Formas de matarse 101. Impartida por Death & Co. Yo creo que en esa clase ha de haber tres profesores, no dos. Un sonrío y fuma, el otro tiene el semblante serio y cubierto de marcas de nacimiento (Plath, 1965/2015). Falta el tercero: creo que es *L'Inconnue*<sup>8</sup>. Una sonrisa de Mona Lisa, los ojos cerrados, la piel azulada. Sí, son ellos tres: uno por la vida, uno

---

<sup>8</sup> *L'Inconnue de la Seine*, o La Desconocida del Sena, es una mujer hallada muerta en el río Sena cuya máscara mortuoria era utilizada por muchos jóvenes en las décadas de 1920 y 1930. La mujer era, en efecto, desconocida, ya que nunca se supo su nombre ni de dónde procedía. Se pensaba que quizás se hubiera suicidado tirándose al río, y este hecho, junto al rostro apacible que presentaba, comparable al de la Mona Lisa de Da Vinci, fue fuente de inspiración de numerosas obras literarias. Sin embargo, puede que no sea más que una leyenda, ya que no hay muchas fuentes documentales que certifiquen el suceso (Alvarez, 1971: 156-159).

por la muerte, y la tercera por lo que hay entre los dos. Se cierra la puerta: buenos días a todas, comienza la clase.

“¿Quién puede decirme cómo se clasifican los métodos de suicidio?” Una chica detrás de mí levanta la mano: “Hay tres: los métodos aplazados, los pasivos y los activos”. “Perfecto: una sogá para la señorita”. Un corto aplauso.

Comienza el de la sonrisa con el cigarrillo entre los dientes: métodos aplazados. Para suicidantes de tipo I, con predominio de deseo de morir. Fumar, beber, pastillas, mala dieta. Cualquier cosa que perjudique a la salud es bienvenida. Mientras, se sienta uno a esperar la guadaña. ¡No olviden no ir al médico!

El turno de *L'Inconnue*: métodos pasivos. Para suicidantes con predominio de deseo de ser matados. Inanición, desnutrición, congelación. También ahogamiento. Depende de la zona geográfica en la que se encuentre el actor. Elíjase con cuidado y procure que nadie le descubra. La sobredosis también es de esta clase: gracias a las nuevas tecnologías podemos morir mucho más placenteramente. ¡Un aplauso a la industria farmacéutica!

Por último, el hombre con marcas de nacimiento: métodos activos. Para quienes deseen matar. Cuchillo, pistola, sogá, salto. Los más conocidos. Pero atrévanse a ser creativas. Si optan por rebanar la garganta póngase antes una bolsa en la cabeza: no queremos dejar un estropicio. Y si van a saltar apunten bien, procuren que no haya daños colaterales. Cuidado con el balazo, mejor en el paladar para asegurar la muerte. ¡Asegúrense de leer el manual de instrucciones!

Suena la campana que anuncia el final de la clase. *The dead bell, / the dead bell*. “Gracias por asistir a Formas de matarse 101. Recojan el diploma en la habitación contigua.” *Somebody's done for*.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> En español: “La campana de muerte, / la campana de muerte.” Y “Alguien está acabado”. Del poema *Death & Co.* (Plath, 1965/2015).

## ACTO II: EL AMOR Y LA TERNURA

---

Bueno, sigamos. Hablaba antes del sobre-Yo. Decido llamarlo así para evitar la terminología freudiana en la medida de lo posible. El sobre-Yo no es en sí una parte de mí misma, sino más bien una cualidad de mi Yo. Mi identidad fluida pesa demasiado, puede que más que las demás, y se necesita mucha fuerza para llevarla a los hombros. Por eso la gravedad es más acusada y el *horror vacui* más apetecible. Veo en el suicidio la única solución posible para aliviar ese peso. Creo que muchos aspectos de la realidad pueden explicarse con la comparación. Tres elementos: dos opuestos y la tensión que hay entre ellos. Uno de mis elementos es el sobre-Yo, el otro es el cuerpo. Puede que la tensión sea el peso, el porte y el soporte. Ocurre que no puedo librarme del peso sin arrastrar con él a los otros dos. Quizá pudiera eliminarla por medio de la extinción del sobre-Yo, o del cuerpo. Pero ¿cómo? Para contestar a esta pregunta creo que es necesario explicar lo que ocurre en el momento más definitorio de cualquier suicidio: el momento previo al salto,

Así es, no es el salto lo que iguala a los suicidas, sino el momento previo. Ya hemos dicho que el salto es un mensaje. Así, el salto es la parte más íntima. No hay dos personas que se maten de igual manera. Tampoco hay dos mensajes iguales. Es una dimensión que merece ser explorada, aquella íntima, personal y visceral. Son los elementos de una carta de amor. Dice Unamuno que el mundo sensible es hijo del hambre y el mundo ideal es hijo del amor (Unamuno. 1913/1976: 43). ¿No son hambre y amor casi la misma cosa? Quiero decir, el estómago llega a hablar en algunas ocasiones. Ruge, pide que se colme el vacío. Esos ruidos no son tan distintos del distintivo frufú de las alas de mariposa rozándose las unas contra las otras. Al besar usamos las enzimas que sirven para ablandar la comida. Puede que besar sea eso, reblandecer labios y piel, alisar las arrugas del ceño fruncido. Podemos incluso usar la lengua para soltar la mandíbula. No difiere tanto de comer costillas.

Creo que muchos suicidantes se podrían haber salvado si se hubieran sentido amados. Otra de las características de aquellos que tienen un pie en la lógica de la muerte: falta de ternura. En muchos niveles el amor puede reducirse a la ternura. Siento que no hubiera necesitado tanta medicación si hubiera tenido más caricias. De cierta forma siempre lo he sabido y por ello he buscado con tanta ansia ocasionales encuentros sexuales. Aunque ya hace unos meses que no los busco, antes no tenía criterio sobre las personas con las que tenía sexo. Paré sobre todo porque me enamoré, y entonces me di

cuenta de lo gratificante que resulta el sexo cuando es con una persona que quieres. He estado acordándome de mis últimas relaciones sexuales y la sangre se ha acalorado, trasportando por mis venas un hormigueo de placer acomodado que ni siquiera el sexo me puede dar. He recordado una frase en concreto: “¿Quieres venir a dormir conmigo?” El placer asociado a esa pregunta no viene de abajo sino de arriba. Ahora, mientras escribo, soy mucho más consciente del roce de mis dedos con el teclado, el cosquilleo de los pequeñísimos pelos de esta parte de mi piel que se mueve, siento el vaquero contra mis piernas, los zapatos apretándome los pies y la costura contra mi sexo, que se va humedeciendo poco a poco. Pero es una sensación agradable y tranquila, no salvaje y ansiosa como es la promesa del encuentro sexual. Si bien no puedo evitar que esta última me sobrevenga de vez en cuando, es recordar esa pregunta y que el tacto se sensibilice, lo que me hace recordar por qué trato de controlar ese impulso que durante años dominaba mi juicio y turbaba mis pensamientos. Siempre he tenido claro aquellas prácticas sexuales específicas que me traían más placer, y con esta última persona nunca se dieron. Esa posición de dominación que siempre buscaba hacia mí quizá es solo un reflejo de mi relación con los hombres durante tantos años, esa sumisión y suspensión de decisión que ya de muy pequeña buscaba. Quizá esto sea por el miedo que siento al tomar una decisión, a esa voz en mi cabeza que constantemente me repite que no lo estoy haciendo bien, que no valgo. Que ojalá me muera para poder dejar de equivocarme.

Durante cierto tiempo de mi vida me he dejado manipular, vejar y dañar por hombres a los que no les importaba yo, sino mi sexo y mis senos, fuentes de mucho líquido que tengo una necesidad imperiosa de sacar. La vida se acumula dentro de mí, al menos la excitación hace que mi sexo emane cierta esencia sacada de ese sobre-Yo. En el sexo no pienso y esa voz no está, al menos no tan patente como de costumbre, y es la propia turbación del pensamiento lo que limpia mi cabeza de voces indeseadas. Llegó un punto de profunda autohumillación en el cual era capaz de cualquier cosa para llenar mi sexo y vaciar mi mente. He pasado por muchas personas buscando ese alivio, un alivio que sin embargo es demasiado momentáneo y que, al acabar, me sume en las tinieblas que cubren mis ojos, solo iluminadas por chispas blancas que viajan sin dirección. Cuando se van, la habitación está oscura y me tengo que ir, abandonando en ella una parte de mí que no puedo ni quiero recuperar. En cambio, no me tenía que ir cuando la habitación era de alguien que quería, no había una obligación de dar la espalda e irme por donde había venido, sino que las tinieblas eran apartadas por besos y mi mente calmada con caricias.

El corazón se ralentiza y se puede respirar, sin que el olor de semen seco moleste y sin que las sábanas corten la circulación de las piernas. El sexo acaba y mi sexo puede descansar, no debe recomponerse rápidamente del placer, sino que puede dejarlo fluir y dejarse recuperar. El líquido insano se drena del todo entonces.

Pero, cómo no, el amor se acaba. Hace mucho que no siento mariposas en el estómago cuando no tengo hambre. Es el proceso vital: todo lo que nace, muere. Todo lo que empieza, acaba. De eso sé bastante. Y cuando el amor acaba la soledad vuelve con mucha más fuerza. Las primeras veces me sorprendía. ¿Antes de este amor la soledad se sentía tanto? El paso de uno a otra era tan repentino que me mareaba. Ahora, que ya he amado unas cuantas veces y perdido otras cuantas, sé armarme de valor para soportar la soledad que atraviesa como un rayo. Y no es solo la soledad la que vuelve. La vida, que estaba siendo drenada con más frecuencia de lo habitual, se vuelve a acumular. Y mi piel, que ya se había relajado un tanto, tiene que reaprender a mantenerse firme y tensa. De vez en cuando me pregunto si mi piel seguiría resistiendo cuando comenzase a arrugarse. Pero hace tiempo que no me preocupa en demasía. Es una de las ventajas de elegir el momento de tu muerte.

Lo que ocurre es que no sé amarme. No sé cómo darme ternura, cómo besarme, cómo acariciarme. Ya lo dijo Unamuno: “¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!”, se nos dijo presuponiendo que cada cual se ame a sí mismo; y no se nos dijo, ¡ámate! Y, sin embargo, no sabemos amarnos” (Unamuno, 1913/1976: 61). Quizá por eso todos mis amores han caído en saco roto. Pobres de aquellas quienes han recibido el amor que me dedico a mí misma.... El amor que sale de mí es por seguro radiactivo: una exposición prologada provoca tumores malignos. ¡Sálvese quien pueda!

Aun así, el amor no es una cura, sino un mero aplazamiento. No vale de nada soñar con el amor como respuesta a todo: el amor, como todo lo simple, también termina por desvanecerse. Como bien canta Mercedes Sosa:

Por eso, muchacho, no partas ahora / soñando el regreso / Que el amor es simple y a las cosas simples / las devora el tiempo (Sosa, 1980).

Advertencia: lo que sigue puede herir la sensibilidad de férreos seguidores del cristianismo.

Aunque para mí el amor es una cosa, para ciertos autores es otra. El Amor Universal de Unamuno, por ejemplo, es el Dios cristiano (Unamuno, 1913/1976: 140). En cierto sentido, puedo comprenderlo, porque siempre me he sentido atraída por la figura de Cristo en la cruz. No es amor, tampoco admiración, sino una profunda comprensión de esa figura elevada pero que sigue con la cabeza inclinada hacia el suelo. La tierra atrae su sien y la materia que brota de su costado: sangre y agua. Los líquidos esenciales, los líquidos de la vitalidad. En cierto sentido, esa inclinación hacia la tierra es el mayor mensaje de Dios: os doy mi sangre, os doy mi agua. Y mis ojos para siempre mirando hacia abajo. Según las Escrituras, del costado de Cristo brotan sangre y agua simbolizando la Eucaristía y el Bautismo. Salen de su costado como del costado de Adán salió Eva (Mendizábal, 2016: 147). Pero yo no siento esta simbología, sino otra: siento a Cristo como un mártir del suicidio.

Según ciertas fuentes documentales, hace tiempo los suicidas eran enterrados boca abajo (Burger, 1988/2017: 65). De esta forma, Dios no podía hallar sus almas y así no irían al cielo. De nuevo, hay algo mucho más profundo en esta forma de ser enterrado. Eternamente condenados a mirar hacia la tierra, como Cristo. Eternamente condenados a que nuestras lágrimas nutran las malas hierbas y a que nuestra sangre alimente a los gusanos. Agua y sangre, hidratación y alimentación. Nuestros apóstoles, que comen nuestro pan y beben nuestro vino, son las criaturas subterráneas, aquellas que el ojo humano no ve pero que mantienen viva la tierra. El tan ansiado descanso eterno, el tan ansiado regreso. De la tierra a la tierra: quiero ser abono para tu huerto, quiero endulzar los frutos de tu higuera con mi sangre azucarada, quiero regar tu pradera con mis lágrimas saladas: a las desalentadas amapolas dar mi corazón por alimento (Hernández, 1936/2019). Cerrar así el círculo de una vida sufrida con una muerte nutritiva.

Enterrada se me mira desde arriba mientras que a Cristo siempre se lo contempla desde abajo. Una misma imagen a distintos niveles: Él trascendente, yo inmanente, Él del cielo y yo de la tierra. A Cristo le alzaron sobre la tierra y allí le clavaron, sus pies sin tocar el suelo. A mí me clavaréis a mi ataúd y me rodearéis de tierra por todos lados. Al menos así no pasaré frío. He de acurrucarme en el lodo, tratar de cerrar los ojos y descansar. Espero que así me encontréis, de lado como si estuviera plácidamente dormida. Espero que así me encontréis, con una sonrisa de *Inconnue*, con los ojos cerrados por primera vez, en un ansiado descanso que por fin podré disfrutar, porque al fin la mente se ha apagado y el sobre-Yo se ha drenado. Adiós, adiós. Cerrad la puerta, que entra frío.

Bueno, sigamos. No es fácil hermanar pena y pluma.

Si aun siendo como soy abyecta y vil / mujer, puedo llevar tan alto fuego / ¿por qué no lo hago arder, siquiera un poco, / y se lo muestro al mundo con estilo? // Si amor con nuevo, extraordinario ardor, / que no esquivé, tan alto me condujo, / ¿por qué no puedo yo, con juego insólito / hermanar en mi alma pena y pluma? (Stampa, 1554/1976)<sup>10</sup>.

Antes decía que, de todos los escritores que he leído incasablemente para comprender el suicidio, la que he sentido más cercana ha sido Sylvia Plath. Creo que las mujeres somos expertas en dolor y en corporeidad. Creo que los hombres han decidido inventar el mundo de las Ideas, el cristianismo, el racionalismo, para comprender su dolor, porque no comprenden su cuerpo. Las mujeres somos viscerales, y la visceralidad de nuestra pena nos convierte en el sexo débil. En realidad, no hay mayor logro que comprender lo que todos toman como *res extensa* y saberlo parte de nosotras, tanto y más que la *res cogitans*. Hace unos meses advertí un suceso extraño. Dejo a continuación el testimonio:

«Esta mañana, al despertar, me he sentido atravesada. He despertado con una línea de dolor que discurría, recta, desde mi oreja derecha hasta mi pie izquierdo, atravesando mi pulmón y rozando mi corazón, partiendo en dos mis intestinos, rompiendo mi cadera derecha y mi fémur. Notaba como si alguien hubiese cogido una barra de hierro y me hubiese atravesado el cuerpo con ella. Notaba el dolor en todas partes de mi cuerpo menos en una. Había una parte de mi cuerpo que no era desgarrada por el hierro, solamente sentía un leve cosquilleo. Era mi sexo:

«Después de varias horas de rebeldía, acabé por resignarme y aceptar mi dolor. Dialogué con la barra de hierro y me dijo que no se iba a marchar, es más, me dijo que era lo único que evitaba que mi cuerpo se despedazase. Y después de luchar por el reinado, me di cuenta de que solo podría volver a sentir algo que no fuera dolor si le entregaba el permiso para atravesarme. Tanto la barra como yo reinábamos sobre este cuerpo, y el reino cae si una de las dos abandona. Aprendí que tenemos que coexistir para existir, aprendí que no puedo vivir sin ella ni ella sin mí, así que pactamos una alianza a mala gana y entonces mi cuerpo contaba con dos reinas.

---

<sup>10</sup> En el italiano original: “Se così come sono abietta e vile / donna, posso portar sì alto foco, / perché non debbo aver almeno un poco / di ritraggerlo al mondo e vena e stile? / S'Amor con novo, insolito focile, / ov'io non potea gir, m'alzò a tal loco, / perché non può non con usato gioco / far la pena e la penna in me simile?”.

«Después de la reconciliación, me sentí amparada para preguntar por aquella parte que no dolía. Me dijo: esa parte no la puedo dominar yo, esa parte es solo tuya. Le pregunté por qué. Me dijo que era una parte que era mía y solo mía, que era íntima como son mis pensamientos. Me dijo que era la parte que me definía. Y el reino entró en guerra civil.

«Mientras escribo esto, la barra me está gritando. Me dice: no puedes escribir, no debes escribir, tus pensamientos no están hechos para que se compartan. Mira a aquello que es solo tuyo, mira cómo te pone en un escalón más bajo, mira cómo te define, cómo te marca, cómo hace que seas inferior. Eso eres tú y nada más que eso. Le acabé haciendo caso y miré mi sexo. Lo estudié, lo analicé, pero no veía qué tenía de íntimo, de mío, de inferior. Y como no veía nada se lo pregunté. Pero mi sexo no hablaba. Solo estaba ahí, siempre presente en mi mente por su cosquilleo, extraño en un cuerpo que solo siente dolor. Es como un susurro en una maraña de gritos agónicos: resalta por su alteridad. “¿Por qué a ti no te afecta la barra?”, le pregunté. “Porque no soy”, me reveló el susurro. “Porque no soy de verdad. Porque no defino nada de ti y a la vez lo defino todo. No significo nada para ti, pero significo todo para ellos. ¿Lo ves? Todos los que te quieren lo hacen porque yo estoy aquí, todos los que te odian lo hacen porque yo estoy aquí. Todo lo que eres se debe a mí. Y, sin embargo, tú no eres yo”.

«Me doy cuenta de que la barra son los otros. La barra es lo que la gente ve. La barra, de hierro duro y sin piedad, me atraviesa y me duele. Me deforma y me hace sufrir. La barra está aquí porque ha visto mi sexo. Y sin embargo no puede gobernarlo. La barra es la que me dice que no merezco la pena, que soy menos, que no tengo derecho a pensar. Intenté rebelarme y no lo conseguí, pero al parecer mi sexo se negó a ser atravesado. Mi sexo resistió. Y ahora oigo su susurro: soy carne, como lo es tu pierna, como lo es tu vientre. Pero no soy solo eso. Mi exterior te determina, pero solo para los demás. Mi exterior te define tanto como te define tu pie. ¿Ves ahora que somos lo mismo? ¿Ves que todo lo que soy es tuyo, pero que no todo lo que tú eres es mío? La carne no eres tú. Yo sí.

«“¿Y quién eres?” “Conóceme y te conocerás mejor.” Y busco la parte de mi conciencia que le da voz a mi sexo, pero no tiene imagen. Es solo un susurro. Es como una ráfaga de viento, y me dejó arrastrar por ella y veo las bases de mi personalidad. Pero sé que no me definen por completo. Sé que no soy yo por completo.

«La barra me sigue gritando. Y, aunque el dolor es grande, no le pertenezco. Pero ella tampoco me pertenece a mí.

«Mi sexo me dice que determina la visión que doy al mundo, pero no determina lo que solo yo sé que soy. Me dice que ahí es solo un invitado al que puedo echar cuando quiera, que ahí solo es carne y ahí me determina lo mismo que me determina mi muslo. Carne y nada más. Pero en la carne siento el desgarramiento y en el sexo no. ¿Por qué? ¿Por qué tú no dueles? ¿Por qué tú no te desgarras, por qué no gritas? “Porque soy la razón de que la barra esté aquí, pero soy lo único que la barra quiere preservar intacto. Porque determino tu valía, tu uso. Sin mí eres solo un juguete roto. Y los juguetes rotos siempre acaban en la basura”».

No es que antes de esto no estuviera atravesada, simplemente el dolor se hizo más manifiesto, sobre todo una vez comencé a pensar por mí misma. Esa barra de metal es la masculinidad, pero no solo, también me atraviesa el ideal de salud, el de belleza, el de comportamiento; en fin, la normatividad en estado puro. Soy un Otro especialmente alejado del ideal, porque mi cuerpo con útero está hinchado de vida y deseoso de muerte. Si ya es incómodo ser mujer, vivir para la muerte se siente como llevar constantemente unos zapatos que no son de tu talla. Estoy tratando de hermanar en mi alma pena y pluma, pero la traducción es compleja y hay muchos términos mortológicos que no son comprensibles en el lenguaje de la lógica de la vida. Ser suicidaria es tener un pie en la vida y otro en la muerte, es un equilibrio muy frágil que puede romperse en cualquier momento. Unas veces cojeo de un pie, otras veces del otro. Solo el salto puede diluir la tensión. Y no se puede saltar hacia atrás.

### ACTO III: EL ENIGMA Y LA LÓGICA DE LA MUERTE

---

Pocas verdades absolutas existen en el campo del suicidio, pero hay algo que no puede negarse: no hay forma de explicar con certeza la lógica de la muerte. Solo podemos decir que “no” es igual a “no”, ecuación que no es más que lógica vacía. Pero al menos la muerte es honesta, no pretende ser lógica, no pretende estar diciendo algo con sentido. La muerte no pretende, la muerte no es. La encuentro, como poco, íntegra, digna. No puede decirse lo mismo de la vida. Hace tiempo que se sabe que no existe el determinismo, que no podemos saber con certeza la dirección del devenir. Caminamos sobre un universo abierto, dinámico, cambiante. Sigue algunas reglas explicadas por la ciencia, pero incluso en ese campo hay contradicciones. ¿No es también un mundo que la lógica no puede del todo aprehender? ¿No se vacían los enunciados lógicos también en el campo de la vida? Así lo veo: es una elección entre una lógica vacía que pretende no serlo y una lógica vacía que se presenta como tal. No creo que la vida tenga más sentido que la muerte. Creo que todo está todavía por devenir, que no podemos saber qué camino tomará el suelo que pisamos o el aire que respiramos. Como tampoco sabemos qué ocurre en la muerte, por mucho que se haya intentado dar una respuesta. Decía Wittgenstein:

“Respecto a una respuesta que no puede expresarse, tampoco cabe expresar la pregunta”. Y luego: “El *enigma* no existe.” (Wittgenstein, 1921/2003:144). Vayamos paso a paso.

En cuanto a la primera afirmación, no creo que sea cierta. Existen demasiadas cuestiones que no tienen respuesta. Pero no podemos dejar de hacernos preguntas, no podemos simplemente renunciar a pensar sobre aquello que no tiene solución. No solo la muerte entra en esta categoría. Creo que la vida en sí no tiene respuestas certeras: de nuevo, creo que también la lógica de la vida es lógica vacía. Siempre me gustaron las matemáticas, hace muchos años creía que en ellas residía la estructura de la realidad. Pero las matemáticas no son más que otro lenguaje, uno que quizá represente una traducción un poco más aproximada, pero una traducción al fin y al cabo. Sí que hay ciertas cuestiones matemáticas que siguen siendo objeto de mi fascinación: los números imaginarios, las asíntotas, los teoremas de la incompletitud. También de física: el

problema de los tres cuerpos, el principio de incertidumbre<sup>11</sup>. Estas cuestiones llaman mi atención porque son pruebas del indeterminismo, son pruebas de que no todo puede explicarse, no todo se puede aprehender. Son pruebas de que ni siquiera el lenguaje matemático puede explicar la realidad por entero. No hay forma de atrapar la realidad: como el agua, se escurre entre los dedos. Y si fuera tan sencillo como la famosa afirmación de Tales de Mileto, si fuera tan fácil como decir que todo es agua y que por tanto siempre se escurrirá de los dedos.... Pero no. Creo que la figura mitológica asturiana del Trasgu es una mejor imagen. Todo intento de explicar la realidad es como el Trasgu intentando recoger maíz con su mano agujereada. El maíz cae de nuevo al suelo, y la realidad se escapa una vez más. Comprendo la perseverancia de la existencia humana por buscarle un orden a la existencia. Quizá así podamos darles un sentido a nuestras vidas. Pero cada día que pasa estoy más convencida de que la existencia solo tiene un destino común a todas: la muerte. La muerte es el elemento igualador más potente que pueda pensarse, porque todos seremos iguales cuando hayamos muerto. De nuevo, no es igual a no. Lógica vacía en cualquier caso.

Si, en efecto, hay que seguir haciéndose preguntas, aunque no tengan respuestas, entonces el enigma existe, desde luego que sí. ¿No es el enigma lo que hace la vida interesante? ¿No es el enigma lo que hace la vida merecedora de ser vivida? No hay razón para recorrer un camino que ya sabemos recorrer, que ya sabemos a dónde llega. La incertidumbre del devenir es una fuerza motora que nos empuja a seguir adelante. Creo que el enigma es uno de los principios que rigen la vida. En cambio, he de confesar que la muerte, el mayor enigma al que se enfrenta la realidad, no lo es para mí. Soy consciente

---

<sup>11</sup> Número imaginario: son números que pueden expresarse por el producto de un número real con la unidad imaginaria  $i$ , que se expresa como  $i = \sqrt{-1}$ . Leibniz decía de  $i$  que era “una especie de anfibios entre el ser y la nada”.

Asíntota: término con origen en un vocablo griego que hace referencia a algo que no tiene coincidencia. El concepto se utiliza en el ámbito de la geometría para nombrar a una recta que, a medida que se prolonga de manera indefinida, tiende a acercarse a una cierta curva o función, aunque sin alcanzar a hallarla.

Teoremas de incompletitud: teoremas elaborados por Kurt Gödel que establecen que todo sistema que sea decidable (que se puede demostrar) es contradictorio, y que todo sistema en el que haya verdades no tiene las demostraciones de estas.

Problema de los tres cuerpos: problema en el que se establece que al estudiar las interacciones entre tres cuerpos que no puede solucionarse por sistema de integración, pudiendo su solución ser caótica.

Principio de incertidumbre: principio de Heisenberg que establece que nunca se puede estar totalmente seguro acerca de la posición y el momento de una partícula, ya que cuanto con más exactitud se conozca una de ellas, con menos precisión puede conocerse la otra. (Hawking, 1988).

de que es una contradicción. Soy consciente de que no es posible saber qué es la muerte: si es un absoluto cero, si es el vacío, si es una nueva vida, si es un cielo o un infierno. Sé que no hay respuesta correcta. Pero mi condición de suicidaria hace que tenga que creer que la muerte es el no, el vacío, el *horror vacui*. He de creer eso, creo que todas las suicidarias creemos eso. Es, en verdad, una creencia de igual valor a la de aquellos convencidos de que la muerte supone una nueva vida, o incluso la vida eterna. Esta convicción que tengo, esta creencia que se hace dogmática en mi universo, tiene una razón de ser. Si después de la muerte comienza otra vida, estoy condenada a repetir mi suicidio de forma compulsiva por toda la eternidad (Burger, 1988/2017: 163). Sísifo aparece ahora en la muerte, creía que rechazando la vida absurda me libraría de él (Camus, 1942/1981: 149). Pero me persigue. No me extraña en demasía. Creo que muchos de mis comportamientos están guiados por la compulsión, sobre todo siendo adicta a tantas drogas. Los cigarrillos y las pastillas entran en mi cuerpo de esa forma compulsiva que quiero esquivar y dejar atrás. Dormir y despertar, vestirse y desvestirse, comer y excretar, inhalar y exhalar, amar y perder. Todo son compulsiones, son luchas que libro y que pierdo. Y que tengo que volver a librar. Una y otra vez, una y otra vez. He de pensar, por tanto, que el suicidio no será otra compulsión. Simplemente porque no tengo la fuerza suficiente para enfrentarme a esa posibilidad.

Uno de los pocos aspectos de la vida que no son compulsión es el envejecer. Sin embargo, de esto sé muy poco, y no puedo hablar de la vejez desde los principios de la veintena. Me falta demasiado por vivir todavía. O eso se acostumbra a pensar. Yo prefiero evitar ese pensamiento y concentrarme en la promesa de una muerte temprana, aunque ello signifique no llegar a conocer la vejez. No es que quiera, que desee experimentar esa parte de la vida. Más bien siento curiosidad, supongo que puede ser simple ansia de acumulación de experiencias, de conocimiento. Pero si ponemos todos los elementos en una balanza, el sufrimiento y el dolor pesan más que la promesa, tampoco promesa certera, de la vejez. Por si no fuera poco, hace tiempo que me pongo yo en el platillo de la muerte cuando hago un balance. Y nada pesa más que mi cuerpo hinchado. Puede que me pierda muchas cosas. Seguro que me pierdo muchas cosas. Y aunque muchas de ellas pueden ser positivas no hay garantía de que no vaya a haber más dolor, no hay garantía de que no esté simplemente aplazando una decisión que acabaré por tomar. ¿Por qué esperar cuando puedo tomar cartas en el asunto y dejar de sufrir cuanto antes?

## ACTO IV: LAS CARTAS Y LA CUESTIÓN MORAL

---

Hay algo de lo que no hablé al tratar la depresión. No creo que una pueda matarse cuando está en ese pozo. Como ya dije, cada respiración requiere de una fuerza que no está presente. Es solo cuando has salido de la corriente creada por el desagüe, cuando puedes levantarte y ver tu vida con perspectiva cuando de verdad haces el balance. Y, de nuevo, la muerte siempre lleva la voz cantante, porque yo misma me pongo en la balanza. El suicidio se convierte entonces en un estilo de vida, pues solo vivo en anticipación al salto. Canalizo todo mi dolor, toda mi desesperación, mi hinchazón, mi agotamiento en una preparación minuciosa del instante final.

He leído muchos testimonios de los momentos previos al salto. Hay quien paga sus facturas, ordena y limpia la casa. Hay quien decide darse un último capricho y sale a cenar un menú degustación. Hay quien prefiere dar una fiesta de despedida. Al igual que la forma de matarse, cada uno tiene su estilo y su propio momento previo al salto. Hay gente que lo prepara más que otra, depende de cuánto tiempo lleves viviendo con la decisión tomada. Yo, aunque hace ya un tiempo que estoy urdiendo el plan, no lo tengo del todo claro. Creo que dar una fiesta no sería mi estilo. Sí que me gustaría dejar todo en orden, o al menos dejar escrito todo lo que hay que hacer. En el momento previo al salto lo más común es escribir una carta. Tampoco creo que lo haga, aunque no puedo estar segura. Hace más o menos un año viví un momento previo al salto lo suficientemente largo como para pensar en cierta preparación. Dejé una pequeña nota con lo más urgente, algunos “te quiero”, algunos “lo siento”. Dejé todas las contraseñas apuntadas, algunos documentos marcados. Nada más. Por azares del destino quedé enganchada y no caí, así que pude eliminarlo todo antes de que nadie se diera cuenta. Creo que esta vez será distinta. De alguna forma, ¿no es esto una carta de despedida?

En uno de los libros que he consultado aparece lo siguiente:

«¡Ya no aguanto esta vida!» no es ninguna teoría, sino el grito de un calzonazos (Burger, 1988/2017: 53).

Puede que esto sea un poco injusto. Algo que ocurre a menudo al hablar del suicidio es el debate moral. El suicidante ¿es valiente o cobarde? ¿Ha hecho bien o ha hecho mal? Su acto ¿es justo o es injusto? Todas estas parejas de términos incluyen uno que consideramos positivo y otro que consideramos negativo. Un “mejor” y un “peor” en la

gradación marcada por la Idea de Bien. Aunque Platón hablase de esto en el siglo V a.C., la Idea de Bien sigue siendo un marcador de certeza al que se recurre constantemente. Pero ¿qué es el bien? Creo que esta distinción entre lo bueno y lo malo la determina una realidad completamente conceptual que inventamos para no sentir el desamparo de una vida sin propósito, de un viaje cuyo único destino es el mayor de los infiernos. Hemos de creer que existe una moralidad, de que existe un motivo trascendente para tomar las decisiones. Pero este ideal no se suele poder universalizar. Es demasiado complicado establecer una definición con la que todas estemos de acuerdo. El bien como ausencia de crueldad, como ausencia de sufrimiento, como el vivir bien, como la acumulación de conocimientos, como acumulación de experiencias. Todas estas definiciones e infinitas más son igual de válidas. Muchas de ellas son producto de la tradición judeocristiana que actúa en nuestra conciencia como un elemento regulador. Quizá es hora de cuestionarlas.

El suicidio suele entrar en lo malo, en lo peor. De nuevo, este prejuicio viene de esa tradición religiosa que nos inculcó que la vida es el mayor regalo que Dios entrega al hombre, y sólo Él tiene la capacidad de decidir cuándo retirarlo. El suicidio sería una gran ofensa a Dios. De ahí que Dante dedicara una zona del infierno para los violentos contra sí mismos. Veamos algunos pasajes:

Su fronda no era verde, sino oscura; / sus ramas no derechas, mas torcidas; / sin frutas, mas con púas venenosas. [...] «Humanos fuimos, y ahora matorrales: / tu mano más piadosa ser debiera, / aun de serpientes siendo nuestras almas. [...] cuando un alma feroz ha abandonado / el cuerpo que ella misma ha desunido, / la manda Minos a la fosa séptima. // Cae a la selva, en no elegida parte; / mas donde la dispara la fortuna, / germina allí como de espelta el grano; // brota en retoño y en silvestre planta: / y las Arpías al comer sus hojas, / dolor le causan y al dolor salida» (Dante, 1321/1988: 156-161)<sup>12</sup>.

Cada uno de los círculos del Infierno tiene sus propios castigos diseñados para causar mayor dolor a quienes se encuentren en él. Es acertado que aquellos que han pecado por agredirse a sí mismos se hallen con el castigo de la infinita inmovilidad, solo

---

<sup>12</sup> En el italiano original: “Non fronda verde, ma di color fosco; / non rami schietti, ma nodosi e ’nvolti; / non pomi v’eran, ma stecchi con tòsco: [...] Uomini fummo, e or siam fatti sterpi: / ben dovrebb’esser la tua man più pia, / se state fossimo anime di serpi. [...] Quando si parte l’anima feroce / dal corpo ond’ella stessa s’è disvelta, / Minòs la manda a la settima foce. // Cade in la selva, e non l’è parte scelta; / ma là dove fortuna la balestra, / quivi germoglia come gran di spelta. // Surge in vermena e in pianta silvestra: / l’Arpie, pascendo poi de le sue foglie, / fanno dolore, e al dolor fenestra”.

interrumpida por las Arpías torturándolos con sus afiladas garras<sup>13</sup>. Condenados a la eternidad sin compulsión: no imagino destino más horrible que otra vida, pero esta vez eterna, sin poder decidir acabar con ella. Las Arpías les causan dolor, y así al dolor salida, lo cual podría ser una forma de drenar, poco a poco, el sobre-Yo, que toma aquí la mejor imagen: ese grito agónico para siempre encerrado en un tronco oscuro y torcido. Sin embargo, uno de los puntos clave de esta tortura, al menos a mi parecer, es que ese dolor nunca es suficiente, y el sobre-Yo nunca puede drenarse del todo. Una eternidad inmóvil, una inmovilidad eterna. Adiós al dinamismo, adiós al enigma. Se muere el cuerpo y el sobre-Yo sobrevive: un eterno invierno, una eterna helada. ¿Qué fruto puede crecer ahora de mi cadáver?:

That corpse you planted last year in your garden, / Has it began to sprout? Will it bloom this year? / Or has the sudden frost disturbed its bed? (Eliot, 1922/2023)<sup>14</sup>.

Pero permítaseme volver a la cuestión moral. Si se juzga el suicidio a partir de una idea de Bien que se base en la ausencia de sufrimiento, hay muchas formas de ver la cuestión. Pues si pensamos en que por medio de este acto el actor se ha librado por fin de su sufrimiento, podríamos juzgarlo como positivo. Si, en cambio, se tiene en cuenta el sufrimiento causado a los familiares, el suicidio ha de ser negativo. Por otra parte, hay quienes dicen que el suicidio es una opción cobarde, pues significa una huida. También hay quienes consideran que se ha de ser muy valiente para atreverse a dar el salto.

No creo que haya una respuesta correcta. En general, no soy partidaria de la cuestión moral. Creo que no es un acto que deba de ser juzgado más que por los propios actores, creo que son ellos los que siempre tendrán la última palabra. Pero no es fácil actuar de acuerdo a la moral cuando el sufrimiento es tan acuciante. De nuevo, poco puede hacerse cuando uno mismo se coloca en uno de los lados de la balanza. Si he de pronunciarme de acuerdo con mis creencias sí que podría expresar mi deseo de no causar sufrimiento, mi deseo de que nadie deba de añadir a sus propios problemas el lidiar con mi muerte. Y esto siempre lo he pensado, y es una de las mayores razones por las que aún vivo. Pero el

---

<sup>13</sup> Esta imagen también la usó Sylvia Plath en uno de sus poemas más desgarradores, *Death & Co.*: “Vedigris of the condor. / I am read meat. His beak // Claps sidewise: I am not his yet” (Plath, 1965/2015).

<sup>14</sup> En español: “Ese cuerpo que plantaste el año pasado en tu jardín, / ¿Ha comenzado a brotar? ¿Va a florecer este año? / ¿O la helada repentina ha alterado su lecho?”.

sufrimiento agota, el sobre-Yo aprieta, la depresión acecha. No es fácil mantener la cabeza fría.

Dejar una carta de despedida solo tiene una función: ayudar a quien se queda a comprender. A veces incluso puede ayudar a sanar y a pasar el duelo. Es el gran aliado de la muerte: el motivo. Es lo que primero se pregunta: ¿y de qué murió? La muerte biológica se acepta de buen grado, no pasa lo mismo con la muerte voluntaria. Los familiares se contentan con el cáncer, con el accidente, incluso con el asesinato antes que con la decisión del fallecido. Creo que en los anteriores casos pueden apartar la responsabilidad lejos de ellos mismos. En cambio, cuando alguien muere por su propia mano, siempre hay un profundo sentimiento de culpa: ¿podría yo haber hecho algo para evitarlo? En mi opinión, la cadena causal suele ser parecida. Una depresión puede comenzar por algún suceso en la infancia, al igual que la razón de un cáncer de páncreas puede encontrarse en una simple caída en la calle si se retrocede lo suficiente en la cadena causal. Creo que la diferencia estriba en el nivel de intervención: se suele pensar que no se puede hacer nada para evitar el destino fatal de una enfermedad letal, pero sí que se podría haber intervenido de alguna manera para que el suicidante no lo fuera. En muchos casos, la depresión es también una enfermedad letal, pero este pensamiento no está muy extendido. Las suicidantes que son a su vez depresivas endógenas son tan presas de la enfermedad como lo es alguien acechada por una neumonía letal. No se suele ver así. Tampoco es que este argumento aporte mucho a esta discusión, porque no todas las suicidantes están enfermas. Todo el que se mata suele ser perfectamente consciente del efecto que su muerte tendrá en sus seres queridos. De ahí las cartas. Es sabido lo duro que resulta superar un duelo de suicidio, y creo que muchos viven más de la cuenta para ahorrarles el dolor a sus familiares y amigos. Pero no es suficiente para salvarse.

Quizás, si a una le preocupa el sufrimiento del Otro, se puede disfrazar el suicidio de accidente. No hacen falta muchos artefactos para que esto se consiga: las estadísticas de suicidio siempre manejan un número mucho menor al real. Esto se debe a que al cuerpo siempre se le da el beneficio de la duda, probablemente por primera vez y la única que el cadáver no la quiere (Alvarez, 1971: 106). Se hacen toda clase de malabarismos para evitar el motivo del suicidio: está el caso de un hombre cuya causa de muerte rezaba: accidente al limpiar la pistola con la lengua. Hay que hacer todo lo posible para buscar una explicación que no sea el suicidio, porque el suicidio es el fracaso máximo de la sociedad. Mientras que la muerte del Otro suele tener la función de celebrar la propia

vida, en el caso de fallecimiento por suicidio no hay nada que celebrar: los familiares lo verán como un suspenso en la asignatura de querer. La responsabilidad no cae en la biología, o en las carreteras mal asfaltadas, o en el comportamiento psicótico de un asesino. No, la responsabilidad cae sobre una misma, el cadáver del suicidante parece gritarte: ¡No estaría aquí si me hubieras querido bien! Has fallado como ser querido, no sé qué haces en mi funeral.

Esto es lo que se piensa desde fuera; no creo que la suicidante quisiera decir eso con su acto. No es un buen mensaje final. Si un familiar se muda al campo porque no le gusta la vida de la ciudad no creo que nadie se lo tomara de forma personal. ¿Por qué sucede cuando alguien se muda a la muerte porque no le gusta la vida? Para mí es una decisión como cualquier otra, pero yo conozco el mundo hermético del suicidio que los familiares suelen desconocer. Juzgar una muerte así, con la lógica de la vida, nunca será adecuado. Pero no se puede hacer otra cosa.

En la fe jainita existe un ritual religioso centenario que consiste en ayunar hasta la muerte: el *Sallekhana*. La decisión de llevar a cabo el *Sallekhana* es personal y se toma en el seno de la familia. Los seres queridos están con el actor desde su decisión hasta su muerte. Es incluso motivo de júbilo, pues se cree que es la más elevada de las muertes posibles (Braun, 2007). Es el tipo de suicidio que Durkheim calificaría como altruista: este tipo de suicidios son cometidos por aquellos que están tan imbuidos en su cultura y en su sociedad que sienten la obligación de quitarse la vida porque así lo dicta el código moral por el que rigen sus vidas (y sus muertes). En este caso, la persona no se pertenece a sí misma, sino que se confunde con otra cosa que no es él (Durkheim, 1897/1982: 189). Sin embargo, no es esto lo que me interesa de esta práctica. Lo realmente fascinante es el acompañamiento del que la suicidante goza en sus últimos días, la aceptación de su decisión. Paul Valéry decía que “El suicidio es la ausencia de los otros” (Valéry, en Burger, 1988/2017: 43), Al Alvarez denomina el mundo del suicidio como hermético (Alvarez, 1971: 95). Y es que, en el suicidio occidental, el actor está completamente solo al final de sus días. ¿Por qué no cambiar esto? Si tan solo se pudiera comunicar la decisión de abandonar la vida y recibir comprensión y acompañamiento.... Incluso podrían pedir, como Bob Dylan y Johnny Cash, que salude a alguien que ya se haya ido:

Si viajas por la feria del norte del país / Donde los vientos golpean fuerte en la frontera /  
Recuérdame a una que vive allí / Porque una vez fue mi verdadero amor / Mira por mí que  
su pelo cuelga hacia abajo / Se enrosca y cae por todo su pecho / Mira para mí que su pelo  
cuelga hacia abajo / Así es como mejor la recuerdo / Si vas cuando caen los copos de nieve

/ Cuando los ríos se congelan y termina el verano / Por favor, mira por mí si lleva un abrigo,  
tan cálido / Para protegerla de los vientos huracanados / Si viajas por la feria del norte /  
Donde los vientos golpean fuerte en la frontera / Por favor, saluda a la que vive allí / Porque  
una vez fue mi verdadero amor” (Dylan, 1969)<sup>15</sup>.

Por supuesto, no funciona así. El Otro no quiere perder a un ser querido, y querrá hacer todo lo posible para evitarlo. Los psiquiátricos, nada más que edificios modelados como prisiones foucaultianas modernas (Young, 1990: 54), sirven para tal fin: la disuasión del propósito de tomar la propia vida. A la vista de acabar en uno de esos terroríficos lugares, es mejor no decir nada e informar con el propio salto.

Por muy reconfortantes que puedan resultar las cartas de despedida para los familiares, el verdadero mensaje es el mismo salto. Al fin y al cabo, las cartas solo se escriben por el remordimiento de dejar a los seres queridos. En cambio, el mensaje del salto, o la confesión, como lo llama Camus (Camus, 1942/1981: 19), es probablemente la primera vez que la suicidante habla sin vergüenza y de verdad. Es la primera vez que siente que lo puede decir todo, la primera vez que no siente miedo al expresar lo que piensa o siente, la primera vez que no siente que tenga que ocultar nada. Creo que esto ocurre porque, por primera vez, la suicidante sabe que no llegará a oír la respuesta. Es por fin libre de la opinión del Otro, libre de la recriminación y del menosprecio. En cierto sentido, con ese mensaje vive por primera vez. El salto es una declaración de libertad, de rebeldía. No voy a resignarme a esta vida que me asignáis, no voy a resignarme a subir la piedra para que vuelva a caer. Me rebelo contra la vida, contra el sufrimiento y contra la cotidianidad asfixiante. Me rebelo contra esta lógica impuesta y me refugio en el abrazo acogedor de la nada.

Las cartas de despedida pueden tener otra función: expresar las últimas voluntades. Éstas se dejan por escrito porque se han de cumplir una vez el suicidante sea cadáver y nada más. No solo los suicidantes escriben sus últimas voluntades: para ello sirven los testamentos, cartas de despedida de los no suicidas. Hay quienes expresan sus deseos de

---

<sup>15</sup> En el inglés original: “If you're traveling in the north country fair / Where the winds hit heavy on the borderline / Remember me to one who lives there / For she once was a true love of mine / See for me that her hair's hangin' down / It curls and falls all down her breast / See for me that her hair's hangin' down / That's the way I remember her best / If you go when the snowflakes fall / When the rivers freeze and summer ends / Please see for me if she's wearing a coat, so warm / To keep her from the howling winds / If you're travelin' in the north country fair / Where the winds hit heavy on the borderline / Please say hello to the one who lives there / For she once was a true love of mine”.

ser enterrados en un lugar concreto, hay quienes dan instrucciones para celebrar su propio funeral. Hay quienes, como Kafka, piden que se destruya toda la obra que haya producido en vida (Burger, 1988/2017: 169). Este último ejemplo es especialmente ilustrativo, porque es bien sabido que no se le hizo caso. Porque ¿qué obligación hay de respetar estas últimas voluntades? Al fin y al cabo, nadie puede, ni quiere, convivir con los muertos. La vida sigue y el tiempo no se detiene para poder decir adiós. Lo más cómodo es organizarlo todo de forma rápida y barata, y creo que si yo dejase por escrito mis últimas voluntades no sería una carta muy extensa. Lo único que querría dejar claro es mi aversión a ser enterrada en camposanto y a tener un funeral religioso. Pero, ¿cómo negarles a mis familiares creyentes el duelo que necesitan? Aunque sueñe despierta con ser enterrada en la tierra de donde puedan crecer las higueras, sé que mi cuerpo es un mero vestigio de lo que tuve en vida, tanto como mi cepillo de dientes o mi ropa interior. Tanto como estas palabras que se deslizan por la página en blanco intentando expresar peticiones y sentimientos vacíos de esperanza. Querría que todo lo que me pertenecía en vida se tirara a la basura: como Kirilov, sería una pequeña forma de que el mundo acabase con mi muerte. Hacer borrón y cuenta nueva. Pero la nostalgia es una enfermedad muy humana, y mis allegados la sufrirán. No puedo negarles ciertos paliativos.

## ACTO V: LA OBRA

---

Esto expresa el deseo de fondo de muchas suicidantes: no haber nacido. Se quiere acabar con la existencia, pero el autoasesinato es violento y tiene víctimas colaterales. Si tan solo pudiera una desvanecerse, diluirse, disolverse y desaparecer sin rastro. Hacer que el olvido llegue más pronto que tarde y ahorrar la molesta nostalgia. De pequeña había un cuento infantil en la casa del pueblo de mi abuela. Se llamaba “Walter, el ratón perezoso”. Hablaba de una familia de ratones, la madre, el padre y varios hijos. Uno de los hijos era Walter, un ratón que era muy perezoso y siempre llegaba tarde a todas partes. Llegaba tan tarde siempre que cuando iba a la cocina a desayunar, ya todos se habían marchado al colegio. Cuando llegaba al colegio, ya todos se habían marchado a casa a comer. Cuando llegaba a comer, ya todos habían vuelto a la escuela. Cuando Walter se iba a la cama, ya todos se habían despertado otra vez. Un día, cuando Walter despierta, descubre su casa vacía. No queda ningún mueble, no queda nadie. Resulta que su familia había decidido mudarse y no le habían avisado porque, como Walter llegaba siempre tarde a todas partes, habían terminado por olvidarse de que existía (Flack, 1964).

No recuerdo cómo seguía el cuento. Supongo que hablaría de las aventuras de Walter intentando recuperar a su familia, la verdad es que no lo sé. Fue un cuento que varias veces protagonizó mis pesadillas, no es para menos. Pero ahora, en mi condición de suicidaria, la verdad es que veo en el cuento la descripción de mi realidad perfecta. Ojalá todo fuera tan fácil como hacer que todos te olviden todavía en vida. Así la muerte elegida no sería dolorosa para nadie, simplemente la culminación perfecta a una vida que nunca valió del todo la pena. En ese caso no habría mensaje alguno, ningún remordimiento ni ninguna responsabilidad. Un simple adiós al mundo y a nadie más: de la soledad de la vida a la nada de la muerte.

Pero el mundo no funciona así y hay que resignarse al autoasesinato. Y ya puestos hay gente que opta por una muerte espectacular, para que cuando el telón caiga se sigan oyendo los aplausos. El mago William Ellsworth Robinson, de nombre artístico Chung Ling Soo, hizo una última función en la que le disparaban y cogía los cartuchos marcados por el público con los dientes. Lo que nadie sabía era que había otros dos cartuchos, y que hizo que su asistente los disparara. Murió por decisión propia delante del público. Cuando cayó el telón, los aplausos siguieron: la muerte perfecta para el hombre de escena (Burger, 1988/2017: 154). También hay que mencionar al cómico de Thomas Bernhard, quien, al

avisar a un grupo de excursionistas que pensaba tirarse por el precipicio, les hizo estallar en risas. Después de tirarse de verdad solo cabe imaginarse que la carcajada se volvió más fuerte: el último gran chiste de quien dedicó su vida a hacer reír (Burger, 1988/2017: 47). Ya lo dijo Camus, una se define tanto por sus comedias como por sus verdaderos impulsos (Camus, 1942/1981: 26). Y es que las últimas páginas de un libro están también en las primeras: un mago ha de decir adiós con su mejor truco, un comediante con su mejor chiste. Una muerte sobre las tablas y otra debajo de ellas: la muerte del actor y del personaje coinciden por fin.

A veces me pregunto quién me aplaudiría a mí en el acto final de mi vida, o quien soltaría alguna carcajada, aun sabiendo la respuesta. He de aplaudirme yo misma, he de reírme yo, pero para cuando caiga el telón ya no podré hacerlo. Quizá lo hagan mis compañeros de habitación del mundo hermético: al fin y al cabo, el salto, en ese mundo, es la verdadera obra de arte. Ya lo dijo Plath:

Dying / Is an art, like everything else. / I do it exceptionally well. // I do it so it feels like hell. / I do it so it feels real. / I guess you could say I've a call (Plath, 1965/2015)<sup>16</sup>.

Las que habitamos ese mundo hermético tenemos la misma vocación: es un club de artistas. Todo suicidante es un artista, el suicidio su mayor obra. Suele ser una obra muy ensayada y con muchos borradores que nunca han resultado. Cuando por fin se consigue, no cabe hacer otra cosa que admirar ese arduo trabajo y esfuerzo. Se habría de felicitar al actor: ¡Enhorabuena, ha sido su mejor actuación! La mejor, sí, pero también la última.

Pero la realidad es otra. El suicidio, para el Otro, no es una obra de arte, sino un fracaso. Al igual que el divorcio siempre significa fracaso, el suicidio también. Mientras que el primero es el fracaso de un matrimonio, el segundo es el fracaso de una vida. Ha de entenderse fracaso como lo que es, un resultado adverso, un malogro. No se ha de pensar en el fracaso como algo negativo: como ya indiqué más arriba, no me interesan el “mejor” o el “peor”. El suicidio es un fracaso, por supuesto, pero más para el Otro que para la suicidante: para ésta un suicidio exitoso es el mayor logro que puede imaginar. En cierto sentido ¿no es mayor el fracaso de quien muere cuando todavía tiene cosas por hacer? *Un instant, Monsieur le bourreau. Mais déjà le couperet tombe. L'échec ultime.*

---

<sup>16</sup> En español: “Morir / es un arte, como todo lo demás. / Yo lo hago de forma excepcional. // Lo hago para que se sienta infernal. / Lo hago para que se sienta real. / Supongo que podría decirse que tengo un don.”

(Améry, 1976/1999: 52)<sup>17</sup>. Al menos yo decido cuándo la cuchilla ha de caer, es la ventaja de ser a la vez el verdugo y el decapitado.

El verdugo y el decapitado, el juez y el demandado, el perpetrador y la víctima, el actor y el espectador: la suicidante es las dos caras de la moneda al mismo tiempo. Al igual que es a la vez cuerpo y sobre-Yo, es la que mata y la que muere. Porque si pudiera matar al sobre-Yo sin matarme a mí por el camino, podría seguir viviendo sin tanto sufrimiento. Pero no, no se puede hacer eso. El sobre-Yo es como una mala hierba: o la arrancas de raíz o vuelve a salir. Por ello, para asegurarse de que el sobre-Yo no vuelva, una vez el cuerpo lo mata debe matarse a sí mismo también. El suicidio es precisamente eso: una doble muerte. Es la muerte de la vida abstracta y la vida carnal, de la *res cogitans* y la *res extensa*. Es la muerte de los dos elementos de la contradicción para así diluir la tensión. La decisión de acabar con la vida implica acabar con la capacidad de decisión: hay que lanzar a ambos al abismo de la nada, inclinarse hacia el *horror vacui* y llevarte a tu sobre-Yo contigo. Como los dobles suicidios de Hitler y Eva Braun, o de Heinrich von Kleist y Henriette Vogel (Burger, 1988/2017: 127), se mata al compañero de vida y luego se mata a la vida en sí. Este tipo de suicidio funciona muy bien para la creación de coartadas: cometió un asesinato y se mató para no afrontar las consecuencias. Da un motivo con el que los parientes se sienten satisfechos. El problema es que el sobre-Yo es parte de una misma, y aunque la suicidante sí que mate a su compañero de vida, no se califica de asesinato. Quizá porque el asesinato conforma una afirmación de la propia vida, y asesinar al sobre-Yo solo afirma la propia muerte. De alguna forma, se invierte la relación crimen-castigo, y se comete el crimen después de haber sufrido la condena (Burger, 1988/2017: 58). Con el asesinato del sobre-Yo, la suicidante cambia su cadena perpetua por el ejercicio de la libertad y elige la nada, por y para siempre.

Esta decisión se toma con conocimiento de causa: quien elige morir es porque ya ha experimentado la muerte, y quien elige la nada lo hace porque ya conoce el deseo de darse muerte. El suicidario, que lleva el peso de su pensamiento allá a donde va, se convierte en una sombra de sí mismo, vive una existencia a medias. Sabe que vive para morir con mayor certeza que el resto y la lógica de la muerte cobra la importancia de la lógica de la vida. Se ha hecho amigo de la muerte y la conoce, aunque solo sea superficialmente. Su propia psique le da la razón a la nada y la convierte en la serpiente

---

<sup>17</sup> En español: “Un momento, Sr. Verdugo. Pero la cuchilla ya está cayendo. El fracaso final.”

Paz Lezcano Betegón

de Eva: toma un bocado del dulce fruto de la muerte y sacia así tus deseos de quietud. De este modo, se despoja a sí mismo de sí mismo, da muerte a la propia muerte y se sumerge en las tranquilas aguas de la nada. En ellas se disuelve: no hay vuelta atrás.

## **ACTO VI: *L'ÉCHEC***

---

Bueno, sigamos. El otro día fui a comprar tabaco y en el estanco había una comercial de cigarrillos electrónicos, que me recitó toda la perorata para venderme uno. Le dije que me lo pensaría, y en efecto lo hice. Lo valoré seriamente: no me cuesta nada cambiar y así dejo de envenenarme. En ese momento me paré. ¿Por qué querría dejar de envenenarme?

Como suicidaria tengo la idea del suicidio acechándome de forma continua, y suelo canalizar ese pensamiento zumbante en planear el final con minuciosidad. Pero la cotidianidad me arrastra a ratos y he de olvidarme de urdir tal plan bastante a menudo. Es por ello por lo que encuentro en el tabaco una solución reconfortante para esos momentos. Cuando no puedo ser suicidaria me convierto en suicidante a plazos, y espero que mis pulmones lleguen a estar tan llenos de alquitrán que dejen de funcionar, y con ellos el resto de mis órganos vitales. Llevando más de 70 sustancias cancerígenas, lo encuentro hasta barato. Hace ya tiempo que no me preocupo por mi salud más allá de la mental. No me importaría que mi cuerpo comenzase a fallar, quizás eso adelantara la fecha para poner fin a mi existencia. Creo que es algo que le ocurre a todas las suicidarias: el tiempo se dilata una vez se toma la decisión, y tal dilatación es más acusada cuanto más cerca está el momento final. De momento no he marcado ningún día del calendario. De alguna forma, es una estrategia para retrasarlo lo más posible e incluso hacer que no llegue nunca. Por mucho que quisiera acabar con esta existencia que ya no vale la pena, he de continuar el camino para que mis parientes no encuentren baches en el suyo. La forma en que lo retraso es exigirme la finalización de algunos proyectos antes de mi muerte. Me digo a mí misma: “No puedes morir antes de terminar la carrera”, “No puedes morir antes de ese viaje que has planeado”, “No puedes morir antes de acabar de leer este libro”. Algunos proyectos son más largos que otros, y dependiendo de mi estado de ánimo me centro en uno u otro.

En la ideación del plan de este último momento hallo una calma que no es fácil de encontrar en la cotidianidad. Mis respiraciones se agrandan y puedo hacer que el diafragma ayude a que los pulmones se llenen de aire, y desaparezca la inundación de ese líquido insano que no para de pulsar bajo la piel. Siento que mis extremidades se mueven con mayor agilidad y la báscula marca un número más bajo que el habitual. En otra época tenía múltiples cartas de despedida escondidas por toda mi habitación, aunque hace

tiempo que las recogí y destruí. No me gustan las cartas sentimentalistas llenas de disculpas que no tengo por qué dar. En cambio, he acumulado materia prima para desarrollar el artefacto, haciendo de mi habitación una ferretería de muerte. No hay razón para alarmarse: es una simple red de seguridad. Al igual que los acróbatas están más relajados si al saltar saben que hay una red que puede recogerles en caso de fallo, yo opto por tener la posibilidad siempre al alcance de mi mano para que la desesperación no crezca hasta límites alguna que otra vez explorados y a los que me aterrorizaría volver. No quisiera herirme de gravedad sin tener a mano un botiquín.

El tabaco es para mí como el paracetamol en los momentos más calmados de las migrañas: es un recurso que no funciona del todo bien, pero relaja un poco la tensión. No veo razón para prescindir de él, al igual que nadie se desharía de todos sus medicamentos sin receta: siempre es útil tenerlos en casa. Mejor prevenir que curar, es la lógica del “por si acaso”. Creo que a esa lógica acude muy a menudo la suicidaria: el suicidio se convierte en una vía de escape a la que siempre se puede recurrir en caso de fracaso total. Cuando la amenaza del fracaso turba la mente siempre se puede acudir a esa válvula para aliviar la presión.

Cuando Améry habla del fracaso utiliza la palabra francesa *échec*. Aun a riesgo de parecer pretenciosa, creo que es una terminología más adecuada. Como él explica:

[...] ninguno de los equivalentes tiene el mismo valor enunciativo fonético. *L'échec*, con su sonido seco, con su ruido entrecortado, roto, reproduce mejor lo irreversible del fracaso total. *L'échec* es una palabra del destino (Améry, 1976/1999: 50).

El término *échec* puede traducirse como fracaso, fallo o avería. También puede significar suspenso, e incluso menta jaque.

Un fracaso se produce cada vez que un proyecto no sale como se hubiera querido. Esto es tan común que me atrevería a decir que la mayoría de las personas viven en el *échec*. ¿No es el error, el fallo, uno de los territorios más concurridos? La diferencia entre fallo y fracaso es que del fallo se aprende, y uno se recompone con relativa facilidad. El fracaso en cambio describe una caída al abismo, el fracaso es el *horror vacui* de la persona media. Hay muchas formas de fracasar, porque en todos los ámbitos de la vida se puede uno despeñar. El fracaso es mucho más profundo, tanto que trepar para volver a la superficie es una tarea tan ardua que una suele quedarse abajo un tiempo para poder descansar. Hay gente que nunca llega a reunir las fuerzas suficientes para salir, y se queda

sumida en ese agujero oscuro al igual que las víctimas de Buffalo Bill en *El silencio de los corderos* (Demme, 1991). Solo que en estos casos se es tanto la víctima como el asesino, manteniéndose a una misma en el pozo. Es en ese momento en el que la dualidad se adueña de la persona y la condición de suicidario comienza a aflorar. A no ser que nuestra parte asesina decida sacarnos del pozo, solo nos queda esperar que alguien entre y le pegue un tiro. Pero entonces ya no queda esperanza. Es una gran paradoja: la única forma de salir del pozo es si nosotras mismas nos dejamos salir. No hay salvación externa: o nos salvamos ambas o morimos juntas.

Una avería se produce cuando un daño en un aparato impide su funcionamiento. La mente puede sufrir averías, el cuerpo también. Se suele pensar en el mal funcionamiento de un órgano vital que puede llevar a la muerte. Y, si no a la muerte, al menos a una existencia precaria. No obstante, muchas de ellas se reparan. En cambio, las averías en el espacio mental no se reconocen tan fácilmente. Puede que una avería produzca un pequeño contratiempo, como pueden ser una depresión o una ansiedad puntual, o puede que la mente se deforme, apareciendo un trastorno o alguna enfermedad mental crónica. Creo que todas las suicidarias tenemos averías. A veces pueden ser físicas, otras pueden ser mentales. Hay personas cuya avería se encuentra en su propia historia de desarrollo como persona. De todas formas, no creo que una avería constituya una enfermedad. De nuevo, el ideal de salud es demasiado constrictivo, y lo inusual es encontrar a una persona sin averías. No solo las suicidarias estamos averiadas, sino que todo el mundo tiene alguna en cierto momento de su vida. Creo que la persona ha de pensarse no como completamente funcional, sino averiada, de alguna forma u otra. Incluso puede que las averías sean marcas identitarias, puede que nos distingamos las unas de las otras debido a nuestras disfunciones.

Aunque esto sea así, las suicidarias solemos tener una avería común: el cortocircuito. En términos de electricidad, un cortocircuito es una falla eléctrica (defecto en el aislamiento o en la conductividad en el sistema eléctrico) que se produce cuando dos conductores de distinta polaridad o fase entran en contacto físico entre sí, habiendo perdido la cobertura aislante entre ellos. No me interesa esta definición. Sí me interesa lo siguiente: este contacto directo provoca que la resistencia del circuito baje hasta cero, generando un aumento de la intensidad de la corriente; es decir, pierde el equilibrio. Esto mismo puede pasar en la mente. Los pensamientos que habíamos pasado tanto tiempo equilibrando y poniendo en orden pueden, de repente, desequilibrarse. Toda la resistencia

mental que habíamos construido para que la mente pueda funcionar se desmorona y los pensamientos comienzan a suceder incontroladamente, las sinapsis aumentan de intensidad y las chispas brillan con mayor frecuencia. El fuego comienza a formarse. Y todo comienza a arder. Para no quemarnos, queremos escapar, y es entonces cuando la válvula de escape que llamamos suicidio se presenta como única salvación. No solo esto, sino que al decidir abrir esa válvula acortamos el recorrido de nuestras vidas: causamos un cortocircuito. El círculo se cierra, la lógica está contenta. Solo queda desaparecer.

El suspenso. Améry da como ejemplo del *échec* la situación de bachiller. Una vez te presentas al examen final, pueden ocurrir dos cosas: aprobar o suspender. “El que sabe, sabe. El que no, suspende; cae en el abismo. [...] Quien suspenda, que espabile” (Améry, 1976/1999: 51). En este tipo de exámenes se deposita todo el destino de una no solo en la capacidad de estudio, sino también en manos del corrector. No hay forma de escapar a esto. Bien podría decirse que esta angustia desaparecería si una decidiera simplemente no hacer el examen. Pero esto no es posible: es condición para continuar la vida. No hay forma de librarse, ya que la vida presenta esa afirmación darwiniana: adaptarse o morir. Decidir no hacer el examen es como decidir ir uno mismo al encuentro de la nada: liberarse de la imposición y tener autonomía en la elección del destino.

De todas formas, el suspenso en ese caso es tratado como fracaso, y aquí querría explorar otra dimensión, mejor representada por su sinónimo “insuficiente”. Es común sentirse superado por lo que sea. Uno puede sentirse superado por las circunstancias, por el paso del tiempo, por la alteridad o incluso por la vida misma. En general, sentirse superado quiere decir que no puedes hacer frente a lo que se presenta en el camino, es no sentirse suficiente. Todos nos sentimos insuficientes de tanto en tanto. De alguna forma creo que lo somos. La clave está en armarse de valor y seguir enfrentándose a la vida, aunque no se sepa si puede ganarse la batalla. Pero las fuerzas flaquean, cada vez que una cae se hace un poco más débil, y tras mucho caer simplemente no apetece levantarse. Es entonces cuando una decide quedarse en el suelo para siempre, porque ahora sí que es insuficiente. Y se abandona. Ser insuficiente es algo que se experimenta en todos los ámbitos de la vida, y lo mismo da si se es insuficiente para superar un momento traumático o si se es insuficiente para salir a hacer la compra. Cuando no se tienen fuerzas no hay forma de escapar al embudo de la depresión, y dejas que la corriente te arrastre, porque no hay fuerzas para nadar. Las pocas que quedan se destinan a levantar la mano sobre una misma.

Nunca me ha gustado demasiado el ajedrez. En primer lugar, porque no se me da bien y tengo mal perder. En segundo, y quizá esta sea la razón por la que no se me da bien, porque no suelo tener fuerzas para poner a mi cerebro a trabajar en mi tiempo de ocio. Pero aun así conozco las reglas, y creo que encierra muchos significados interesantes. Me gusta que se haya de proteger al rey pero que sea la reina la figura con más poder. En particular, me interesa la capacidad de un peón de llegar a reina. Creo que es un buen mensaje, bastante inspirador, aunque también poco fiel a la realidad. Para mí la vida es el rey, al que hay que dar jaque. Pero es también la reina, que, como la de corazones, quiere cortarte la cabeza. Somos todos pequeños peones asustados huyendo de la reina, y aunque uno de nosotros consiga llegar hasta el final y hacerse reina a su vez, no ocurre apenas. Normalmente eres un peón asustado, huyendo e intentando no ser comido. Aunque la reina sea comida, la partida no termina hasta que se da el jaque al rey. Y más pronto que tarde llega ese jaque mate y se acabó. Ante el jaque inminente siempre está la posibilidad de limpiar el tablero. No ganas, pero al menos tampoco pierdes. El rey cae al suelo al igual que los peones. Quizás sea la mayor igualdad a la que se puede aspirar en este juego cruel.

La muerte es un fracaso. Es también una avería, es también un suspenso. Y es, ante todo, un jaque mate tras el que no se puede echar otra partida. Es, en suma, *l'échec ultime*. La vida tiene siempre esa condición, la de la muerte, y nadie puede escapar de ella. Para todas, morir es *l'échec*, el último y el mayor de todos. ¿No hay mayor dignidad en decidir sumergirse en él voluntariamente, en ir a su encuentro y abrazarlo como a un amigo antes que dejarse arrastrar dejando una estela de lamentos y pataletas? En verdad no hay una respuesta. Creo que cada una se enfrenta a la muerte como quiere y como puede. No siempre hay oportunidad para elegir, el verdugo no te regala ningún instante. Un momento, quiero decirle a mi pareja que la quiero. Pero el coche ya se ha salido de la carretera. Un momento, quiero dejar de fumar. Pero ya hay metástasis. Un momento, quiero dejar este trabajo. Pero el estrés ya ha interrumpido el flujo de sangre en el corazón. Un momento, quiero dar la bolsa. Pero la navaja ya te ha quitado la vida. *Un instant, Monsieur le bourreau. Mais déjà le couperet tombe. L'échec ultime*. En efecto. Al menos si tú eres el verdugo sabes que no dejas nada por hacer. No necesitas más instantes, solo esperas a que la cuchilla caiga.

Pero la muerte no es el único *échec*. La vida es una sucesión de todos los tipos de *échec*, que han de sufrirse en silencio y con la cabeza gacha. No puedes evitar fracasar de

vez en cuando, no puedes evitar tener alguna que otra avería, no puedes evitar suspender en algún aspecto de tu vida. No puedes evitar que te coman alguna pieza. No puedes, a no ser que vuelques el tablero. No puedes, a no ser que decidas dejar de fracasar y de suspender entregando con ello la posibilidad de triunfar y de vencer. A quien no le guste perder, que no juegue. A quien no le guste vivir, que muera. Esa es la lógica que llevo aplicando muchos años, pero no consigo popularizarla. Nadie cree que sea una buena forma de ver las cosas. Hace tiempo esta incomprensión me descolocaba, ahora ya sé que se trata de la lógica de la muerte, que solo conocemos los que habitamos la hermética sala de espera de la nada. Allí nos sentamos en incómodas sillas de plástico y movemos la pierna de arriba abajo en un tic nervioso de quien está impaciente porque llegue su turno. Miramos a izquierda y derecha, buscando algo que no sean las frías paredes blancas y el dióxido de carbono condensado que sale de nuestras bocas y se adentra en un aire nada acogedor. No hay ambientador ni hilo musical, no hay nada con lo que ocupar la mente. La desesperación de una espera que no parece terminar. Pero de vez en cuando la enfermera de máscara mortuoria llama a alguien por nombre y apellidos y todos le sonreímos, con alegría y envidia. ¿Seré yo la siguiente?

Una vez una se siente decidida a cumplir sus sueños más profundos, ha de prepararse para saltar, y esto no es otra cosa que una mudanza. Se ha de abandonar el lugar de residencia de la vida para entrar al palacio mortuorio por la puerta grande. Este palacio es el ataúd. Los seres humanos pasan muchos años de su vida construyendo edificaciones en las que han de habitar durante un periodo de tiempo, más corto o más largo. Una vez uno se ha familiarizado con esa construcción, una vez la ha hecho suya, pasa a llamarse hogar. No es casualidad que el término griego *oikeiosis*, que significa apropiación, familiarización, afinidad, incluso cariño, venga de la palabra *oikos*, que significa casa familiar, hogar, morada. Para poder apropiarse de un lugar se ha de familiarizar uno con él, hacerlo suyo, afín; y una vez se desarrolla el cariño por las paredes y los objetos que llenan el vacío de las habitaciones, ese lugar se convierte en tu hogar, en tu sitio, en tu costumbre (*éthos*). En el hogar se desarrolla la vida.

El hogar no es solo una edificación, es a veces también una persona. Unamuno llamaba a su mujer “mi costumbre”. Muchas canciones de amor hablan de la persona amada como su hogar. En concreto, la canción *Oft Gefragt* del grupo alemán AnnenMayKantereit expresa muy bien este sentimiento:

Me vestiste, me desvestiste, me criaste / Y nos mudamos, te mentí / Que no tomo drogas / Y, también, que fui a la escuela // A menudo te preguntabas qué me destrozaba / No quería que lo supieras / Estabas solo en casa, extrañándome / Y preguntándome qué más eres para mí // Un hogar, tú todavía eres / En casa, tú siempre estás / A menudo te preguntabas, qué es lo que me destroza / Yo he dejado de preguntármelo // Estabas solo en casa, echándome de menos / Y preguntándote qué más eres para mí // Un hogar, tú todavía eres / En casa, tú siempre estás // No tengo hogar, sólo te tengo a ti / Estás en casa para siempre y para mí (May, 2015)<sup>18</sup>.

Pero el amor no es eterno y, al igual que ocurre con las edificaciones, uno suele mudarse y traslada su hogar a un lugar (o una persona) que es ahora más de su agrado.

Las personas somos nómadas: cambiamos de hogar varias veces a lo largo de nuestra vida, y aun así dedicamos mucho esfuerzo en construir esa familiaridad. ¿No sería mejor ocuparse de aquel sitio en el que sabemos que pasaremos más tiempo? Pero no hay arquitectura de ataúdes, y la mayoría de nosotras no llegamos siquiera a elegir nuestro hogar último y más duradero.

Hace tiempo que yo siento que ya estoy en ese ataúd. De alguna forma, la sala de espera se encoge y solo hay sitio para tumbarse mirando hacia abajo. Nadie abre esa puerta, que suele estar cerrada con clavos. No obstante, yo soy capaz de oír desde esa cárcel de madera a las otras que, como yo, están enterradas en vida. Dámaso Alonso escribió:

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). / A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro, / y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna. / Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla. / Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma, / por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, / por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo. / Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre? / ¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches? (Alonso, 1944/2013).

---

<sup>18</sup> En el alemán original: “Du hast mich angezogen, ausgezogen, großgezogen / Und wir sind umgezogen, ich hab' dich angelogen / Ich nehme keine Drogen / Und in der Schule war ich auch // Du hast dich oft gefragt, was mich zerreißt / Ich wollte nicht, dass du es weit / Du warst allein zu Haus', hast mich vermisst / Und dich gefragt, was du noch für mich bist // Zu Hause bist immer noch du / Zu Hause bist immer nur du / Du hast dich oft gefragt, was mich zerreißt / Ich habe aufgehört, mich das zu fragen // Du warst allein zu Haus', hast mich vermisst / Und dich gefragt, was du noch für mich bist // Zu Hause bist immer nur du / Zu Hause bist immer noch du // Ich hab' keine Heimat, ich hab' nur dich / Du bist zu Hause für immer und mich”.

Hay veces que he descrito esa antesala de la muerte en la que viven las suicidarias como una habitación en la que nunca se apaga la luz. Hay veces que lo he descrito como el agua que va saliendo por el desagüe. Hay veces que es una simple sala de espera, hay veces que es un pozo. Pero lo único que es común a todos lugares es que no puedes escapar de ellos por tu propia mano. En cierto sentido, todos son herméticos, todos están cerrados, ninguno tiene puerta de salida. En todos solo hay una forma de salir: esa puerta que conduce a la nada. En esos lugares habitamos nosotras, en esos lugares esperamos a que alguien nos saque de allí o a que por fin la muerte nos llame. Creo que cada uno tiene una forma de imaginar eso que Al Alvarez llamó “el mundo cerrado del suicidio”. Y aunque yo me he imaginado en todos estos lugares nombrados, al final mi mente siempre vuelve al ataúd. Un ataúd en el que me encuentro boca abajo, sin poder ver si la puerta se abre o se cierra, sin poder ver si la tierra cae sobre él o si por el contrario me están desenterrando. Desde ahí solo veo una eterna oscuridad en la que mis ojos buscan algo con lo que distraer la vista, pero no hay nada más que una fría tabla de madera:

Parece que ante mi alma se hubiese retirado un cortinaje y el escenario de la vida eterna se transformara ante mis ojos en el abismo de la sepultura eternamente abierta. ¿Puedes decir: “eso existe”, en vista de que todo pasa rodando, con la rapidez del tiempo y tan rara vez perdura a través de todo el período de vigor de su existencia y, ¡ay!, es arrastrado por el torrente, sumergido y despedazado contra las rocas? No existe ni un solo momento que no te consuma a ti y a los tuyos que te acompañan, ni un solo momento en que tú mismo no seas un destructor, en que debas serlo. El paseo más inocente cuesta la vida a miles de pobres gusanitos; una sola pisada demuele las laboriosas construcciones de las hormigas y hunde en vergonzosa tumba a todo un pequeño mundo (Goethe, 1774/1983: 67).

En ese ataúd notas el tiempo pasar en las pulsaciones de la sangre contra tu piel, que aún no ha encontrado la salida. En ese ataúd oyes cómo se va pudriendo la madera y cómo los pequeños gusanos intentan penetrarla. Pero, ante todo, oyes a los demás enterrados vivos. Oyes sus lamentos, hueles cómo se pudren. En cierto sentido, sientes lo que ellos sienten en tus carnes. El elemento igualador de esa antesala crea a veces una especie de conciencia colectiva en la que todos nos pudrimos a la vez y lloramos las mismas lágrimas saladas. Sabemos que hasta que no se acabe el oxígeno no podremos escapar del castigo de la tierra viva. Quizá el temblor de tierra no es el amor, como decía José Arcadio Buendía (García Márquez, 1967/1999: 33), quizá el temblor de tierra son nuestros cuerpos temblando desde sus profundidades, pidiendo una manta para no pasar tanto frío. Lo único que nos dan es un manto de gusanos y tierra húmeda. Inspiramos el olor a podrido y descansamos eternamente, esperando a una muerte implacable, que

necesita que levantemos la mano para acogernos en su piadoso abrazo. Con sus largos vestidos nos protege del frío. Nos da un beso de labios podridos. Ya no hay hambre. Y, cuando apoyamos la cabeza en su pecho, empieza el principio del fin. Espero que, cuando llegue mi hora, en ese beso me arrebatase mi sobre-Yo y quede un mero cuerpo hueco, un cuerpo que ya no es más que carne seca y huesos blancos. Solo hay que esperar que nadie me junte con pegamento<sup>19</sup>.

Llegados a este punto, me encuentro atascada. Leo y releo buscando un hilo del que tirar, pero solo encuentro páginas tristes que inundan mis ojos de lágrimas. Son muy saladas y por ello sé que son de agotamiento. Quiero buscar en mi existencia la siguiente frase, pero me siento vacía de palabras simples. Mientras tanto, las vivas se enredan en mi garganta, formando un gran nudo que no soy capaz de desenredar. Noto el nudo apretando mis mandíbulas y causando cefaleas, está chillando porque no tiene espacio y no puede respirar. Toda la sangre viaja hacia los puntos clave, y mis ingles, mi garganta y mis muñecas se calientan por el rumor de la sangre turbia. Quisiera morder las venas para que entrara el aire, pero mis dientes no están lo suficientemente afilados. Me encuentro ahora ante miles de palabras que no llegan a describir ni siquiera la superficie de esta angustia llamada dolor de vivir, a esta palpitación bajo la piel ya cansada de resistir. El suicidio es a veces eso: levantar la mano porque no hay fuerzas para nada más. Solo quiero sumergirme en la marea iracunda y llenarme los pulmones de agua para vomitar las palabras que no consigo sacar. Sumergirme y dejarme llevar, de la nada a la nada. Siento la vida como un rito de paso, algo por lo que he pasado para poder llegar al ansiado *horror vacui* que es el protagonista de mis mejores sueños.

Cuando llegue mi hora, espero poder hermanar pena y pluma con estilo y dar la explicación que os merecéis. En el caso contrario, no sufráis por mí: no remováis la tierra, no busquéis mi calavera para besarla. Dejad que de mi cuerpo surjan amapolas, dejad que endulce las higueras (Hernández, 1936/2019). Pertenezco a la nada, quiero volver a mi casa de toda la vida, quiero volver a ese ataúd y por fin descansar. Esto no es más que una forma de decirnos adiós. ¡Adiós, adiós! No nos volveremos a ver.

---

<sup>19</sup> Expresión del poema *Daddy*, de Sylvia Plath: “At twenty I tried to die / And get back, back, back to you. / I thought even the bones would do. // But they pulled me out of the sack, / And they stuck me together with glue.” En español: “A los veinte intenté morir / Y volver a ti. / Pensé que incluso los huesos valdrían. // Pero me sacaron del saco, / Y me juntaron con pegamento.” (Plath, 1965/2015).

## CONCLUSIÓN

---

Hace ya unos cuantos días que no escribo. Han sido días más silenciosos de lo habitual: no encontraba palabras que no tuvieran un gusto amargo en mis labios. Quizá es porque he pasado muchos años leyendo pero poco tiempo escribiendo. Siempre me acechaba el síndrome del impostor cuando trataba de hacerlo, síndrome que se materializaba en mi cuerpo como un molesto tapón en la nariz que hacía que me costara más respirar y llenarme de aire. Aunque ese tapón sigue ahí, sí que he experimentado una nueva calma durante estas semanas que lo ha aflojado un poco, haciendo que pase el aire y que se desenrede ese nudo de la garganta, si no del todo, al menos lo suficiente como para sacar alguna que otra palabra viva. He notado estas palabras llegar a mi boca y ahí madurar y endulzarse para salir de mis labios como frutas exuberantes. Sin embargo, aun quedan muchas por sacar, y el sobre-Yo sigue presionando contra la piel. No creo que pueda vivir el momento en que deje de hacerlo.

No puedo afirmar que después de estas páginas haya llegado a la condición de suicidalista. En verdad, no creo que nadie pueda llegar a ella. De nuevo, todas estas palabras no son más que una frustrante aproximación de lo que en realidad ocurre en ese ataúd cerrado en el que poco a poco se va agotando el oxígeno. Creo que harían falta mil vidas para poder expresar lo que sucede ahí dentro. Pero como no tengo mil vidas (¡Dios me libre!), quizá es mejor recurrir a la navaja de Occam y así cortar este discurso por lo sano. Con todas estas páginas solo he tratado de llenar el silencio característico del suicidio, y aunque solo sea un pequeño rumor, como el viento agitando las hojas de los árboles, al menos es un poco de ruido.

He mencionado ya muchas veces lo íntimo y personal de este trabajo. Esto es solo la mala traducción del lenguaje de mi mundo hermético, y no creo que pueda representar el de otra persona. Aun así, no es un trabajo acabado, no puedo ponerle un punto y final, quizá tampoco un punto y aparte. Creo que estas páginas han de acabar con un punto y coma, ese signo que indica una pequeña pausa, pero también que hay más historia. Habrá más historia mientras no aparezca en escena el Deus ex machina, pero todavía no sé en qué acto de mi vida llegará. Hasta entonces no se puede bajar el telón, y tampoco escuchar los aplausos. El show debe continuar.

Paz Lezcano Betegón

Ahora, sentada en el alféizar de mi ventana, fumando el enésimo cigarrillo de estos días, escuchando el canto de los pájaros y sintiendo la humedad del aire sobre mi piel, solo queda pronunciar la frase de Garcin que es ya una vieja amiga. Hasta luego entonces:

GARCIN.- (*Se levanta.*) Bueno, sigamos. (*Telón.*)

## BIBLIOGRAFÍA

---

### Libros y revistas:

- Alonso, D. (1944/2013). *Hijos de la ira*. Madrid: Austral.
- Alvarez, A. (1971). *The savage god. A study of suicide*. London: Penguin Books.
- Améry, J. (1976/1999). *Levantarse la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria*. Valencia: Pre-Textos.
- Braun, W. M. (2007). Sallekhana: Consideraciones éticas y jurídicas sobre el suicidio por inanición en la comunidad religiosa Jainita. *Anales de derecho* (25), 415-428.
- Burger, H. (1988/2017). *Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo*. Valencia: Pre-Textos.
- Camus, A. (1942/1981). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Camus, A. (1947/1971). *El extranjero*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dante. (1321/1988). *Divina comedia*. Barcelona: Ediciones Cátedra.
- Durkheim, É. (1897/1982). *El suicidio. Un estudio de sociología*. Madrid: Ediciones Akal.
- Eliot, T. S. (1922/2023). *The waste land*. London: Binker North.
- Ernaux, A. (2000/2019). *El acontecimiento*. Barcelona: Planeta.
- Ferrante, E. (2021). *I margini e il dettato*. Roma: Edizioni e/o.
- Flack, M. (1964). *Walter el ratón perezoso*. Barcelona: Ediciones Toray, S. A.
- Flórez, A. (1996). Autotanasia. Aspectos éticos y sociales. *Universitas Philosophica*, 13(25-26), 161-174.
- García Márquez, G. (1967/1999). *Cien años de soledad*. Madrid: El Mundo, Unidad Editorial, S. A.
- Goethe, J. W. (1774/1983). *Werther*. Santiago de Chile: Editorial Andres Bello.
- Hawking, S. (1988). *Historia del tiempo. Del Big Bang a los agujeros negros*. Barcelona: Editorial Crítica, S. A.

Paz Lezcano Betegón

Hernández, M. (1936/2019). *El rayo que no cesa*. Barcelona: Planeta.

Mendizábal, L. (2016). *Misterio del dolor. Meditaciones de ejercicios espirituales*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Plath, S. (1965/2015). *Ariel*. London: Faber Editions.

Platón. (1988). *La República*. Madrid: Alianza Editorial.

Sartre, J. (1944/2017). *A puerta cerrada / La puta respetuosa*. Buenos Aires: Losada.

Stampa, G. (1554/1976). *Rime*. Torino: Einaudi.

Unamuno, M. (1913/1976). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa-Calpe, S. A.

Wittgenstein, L. (1921/2003). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial.

Young, I. M. (1990). *Justice and the politics of difference*. Princeton: Princeton University Press.

### **Materiales audiovisuales:**

Demme, J. (Director) (1991). *The Silence of the Lambs* [El Silencio de los Corderos] [Película]. Orion Pictures; Strong Heart/Demme Production.

Dylan, B. (1969). Girl from the North Country [Canción]. En *Nashville Skyline*. Columbia Records.

May, H. (2015). Oft Gefragt [Canción]. En *Wird schon irgendwann gehen*. Vertigo/Capitol.

Sosa, M. (1980). Canción De Las Simples Cosas [Canción]. En *A quién doy*. Philips.